

Jesús Serra Santamans

OBRA COMPLETA



Jesús Serra Santamans

OBRA COMPLETA

Edición a cargo de
Pía Serra Calderón

2011

© de la edición, Pía Serra Calderón, 2011

© de los textos, sus autores

© de Jesús Serra Santamans, Retrato de un empresario, IESE, 1992

Coordinación de la producción

TF Editores

Impresión

TF Digital

Prohibida la reproducción sin autorización escrita de los propietarios

- 07 **A l'Avi**
Pia Serra Calderón
- 09 **Jesús Serra Santamans.**
Retrato de un empresario
- 34 **Poemas**
Prólogo ideal para un libro que el Poeta no publicará jamás
- 35 **Poemas en castellano**
Guerra, amor y otros
Largo viaje por la sombra
- 105 **Poemas en catalán**
Josep María Serra Sallent
A su padre
Otros

Querido Chatote:

Te escribo para confesarte que he cometido la osadía de buscar, leer, estudiar, ordenar y recopilar en este libro toda tu obra poética. Reconozco que tras darle muchísimas vueltas, poco he tenido que añadir al orden que tú nos dejaste, tan sólo he incluido algún que otro poema que tenías por ahí escondido y que he considerado interesante adjuntar a los demás y publicarlos todos juntos en este libro.

Además de tu obra poética, incluye dos textos que son importantes para conocer bien tu historia personal y empresarial. El primero lo escribiste tú mismo para el IESE, y el segundo es un largo poema que te dedica tu padre en el que explica toda su vida y que evidencia los diferentes puntos de vista que teníais respecto a la vida y a la empresa.

He creído conveniente realizar este proyecto por varios motivos. Como ya sabes, siempre me gustó tu poesía y me hacías muy partícipe de ella. Pretendo con ello darla a conocer al resto de la familia y que no quede olvidada. Otro motivo es que este verano hubieses cumplido 100 años, y creo que es un buen homenaje a tu centenario. Y el último pero no menos importante, es que me apetecía muchísimo.

Todo este tiempo que he estado trabajando en tu obra, me ha permitido recordarte todos los días, e incluso mantener contigo alguna que otra conversación imaginaria, similar a esta carta que te escribo. Me ha hecho darme cuenta de la gran persona que eras, de jovencito un enamorado un poco gamberro y de mayor una persona que jamás perdió la ilusión por el arte y la importancia de expresar sus sentimientos. Siempre anteponiendo tu simpatía y buen humor, el buen trato con las personas y el amor a tu familia a los días duros en el trabajo y los momentos difíciles que te hizo vivir la vida.

Qué más puedo contarte... la familia sigue creciendo, todos los nietos hemos formado ya nuestras propias familias y les hablamos de ti a tus biznietos, que son ya muchos, y lo seguiremos haciendo a los que estén por venir. El Avia está de maravilla, entre todos la mimamos muchísimo y ella sigue mimándonos a todos incansablemente, presidiendo las comilonas que seguimos celebrando con la mínima excusa, ya sea un cumpleaños, un santo, o sencillamente un domingo.

Sólo me queda despedirme y agradecerte de nuevo ser como eres, ya que la huella que has dejado en nosotros nos ha hecho a todos unos suertudos y nos ha enseñado a ser mejores personas. Y decirte que te seguimos queriendo muchísimo y te echamos de menos.

"De esa maravilla de la naturaleza que además es mi nieta" (sic).

Mil besos



Jesús Serra Santamans.

Retrato de un empresario¹

NACÍ, EN 1911, EN PONT DE VILOMARA, UN PUEBLO DE LA PROVINCIA DE BARCELONA, que contaba con mil habitantes escasos. Mi familia estaba considerada como una de las acomodadas del pueblo pues mi padre poseía la única tienda de ropas. Mi abuelo había tenido telares y por eso le llamaban el "teixidor". Por el mismo motivo, la tienda era conocida como "cal Teixidor", y yo era el Jesús de "cal Teixidor".

A los 7 años empecé a estudiar piano. Mi padre era muy aficionado a la música y dirigía un orfeón que había en el pueblo. Cuando tenía 10 años me compró una reducción para piano de las nueve sinfonías de Beethoven y no tuve más remedio que aprendérmelas de memoria para tocar cuando teníamos invitados. De ahí arranca mi Beethovenfobia.

Cuando tenía 8 años, mi madre falleció de cáncer. Estuvo tres años enferma y no se movía de su habitación, porque se creía que era contagioso. Por esta razón, apenas la recuerdo. Durante estos tres años sólo la vi el día de mi primera comunión, cuando me la enseñaron desde la puerta de la habitación. Me dijo que llevaba un traje muy bonito y que esperaba que, después de haber comulgado, no daría más disgustos a mi padre. De niño era muy travieso, lo que me costó muchos bofetones. Mi padre tenía una mano muy fácil.

A los 10 años empecé a ser el líder de los chicos del pueblo. Era el primero de la clase y el único que sabía tocar el piano. Cuando tenía 13 años organicé un festival en el teatro del pueblo para comprar una silla de ruedas para un compañero del colegio que se había quedado paralítico. Escribí la obra y la música de las canciones que cantaron y bailaron los chicos del pueblo. El éxito fue rotundo y compramos la silla para nuestro amigo.

Acababa yo de cumplir los 14 años, cuando mi padre se arruinó. Además de la tienda de ropas, había abierto en Manresa un almacén de piensos y harinas que acabó mal porque mi padre dedicaba más tiempo a la política que al negocio. Este contratiempo hizo que no pudiera estudiar el bachillerato, condición necesaria para seguir una carrera. Como yo digo siempre, por no haber podido estudiar cuando debía, me he visto obligado a hacerlo durante toda mi vida. De modo que entré de meritorio en el Banco de Préstamos y Descuentos, de Manresa, con un sueldo de 40 pesetas al mes. También dejé los estudios de piano.

Mi padre era muy aficionado a la política. Era muy amigo de Francisco Cambó, líder de la Lliga Regionalista. Era uno de los hombres de confianza de Cambó en Manresa. Al arruinarse, fue a verle para decirle que no podía continuar dedicándose a la política. Casualmente, coincidió en el despacho de Cambó con Juan Ventosa Calvell, número dos de la Lliga y presidente de La Catalana de Seguros. Ventosa le convenció para que se hiciera agente de seguros. De este modo, mi padre empezó su carrera de agente asegurando la colección de obras de arte de Francisco Cambó.

1- Este caso es fruto de una larga entrevista mantenida por el autor con Jesús Serra Santamans, complementada con las extensas notas contenidas en un grueso paquete de fichas escritas por el protagonista. Respetando el estilo del biografiado, el caso está redactado en primera persona.

Caso de la División de Investigación del IESE. Preparado por el profesor José María Rodríguez. Abril de 1992. Copyright © 1992, IESE. Prohibida la reproducción, total o parcial, sin autorización escrita del IESE.

La política le permitió a mi padre establecer amistad con hombres de la Lliga bien situados económicamente. Por esta circunstancia, inició su carrera con el éxito suficiente para abrir un despacho en Manresa.

Yo continué trabajando en el banco hasta los 16 años, en que me subieron el sueldo a 60 pesetas mensuales. Por las mañanas, de 7 a 9, y por las noches, de 7 a 10, iba a una academia para aprender teneduría de libros, francés e inglés.

Algunas veces hacía "campana" y me iba al American Bar, donde tenía su sede el Billar Club de Manresa. El billar se me daba bien y a los quince años llegué a ser finalista del campeonato de Manresa. El día de la final el local estaba lleno de aficionados. Yo había dicho a mi padre que tenía clase de francés, olvidando que el periódico de Manresa había publicado la noticia de la final con una caricatura del "Benjamín", como me llamaban por mi juventud. Mientras estaba jugando el partido oí un murmullo y, al volverme, vi a mi padre delante de mí, que me saludó con dos solemnes bofetadas. En menos de 30 segundos alcancé la calle. Fue el final de mi carrera billarística.

A los 16 años pasé a trabajar a la casa Uralita, con un sueldo de 160 pesetas mensuales.

A los 17 años tuve mi primer amor. Era una estudiante de piano, con la que tocaba piezas a cuatro manos. Le dediqué mis primeros poemas.

De los 16 a los 22 seguí en la empresa Uralita, ayudando a mi padre en mis horas libres. Cumplí el servicio militar en Manresa, sin pena ni gloria. Leía mucha novela extranjera y escribía poemas.

A los 22 años se presentó una buena oportunidad de promoción. El jefe de la sucursal de Uralita donde trabajaba fue destituido por malversación de fondos. Me ofrecieron su plaza, a pesar de mi juventud. Estaba sopesando esta oferta cuando mi padre cayó enfermo y opté por dejar Uralita e ir a trabajar con mi padre. Aunque el negocio empezaba a ser importante, mi padre no tenía empleados. Él hacía la gestión de calle y mi hermano Antonio y yo —cuando yo salía de Uralita— llevábamos la administración.

Le propuse a mi padre que incorporara un empleado administrativo, para que yo pudiera dedicarme a la gestión de calle, pero mi padre no lo aprobó. Entonces le propuse que lo tomara a prueba, para demostrarle que podía ganar en la gestión mucho más dinero que lo que costaba su sueldo. No cedió y me acusó de vago si no lo hacía, pues él realizaba la gestión de calle y llevaba el mayor peso de la administración. Al final no tuvo más remedio que ceder ante mi amenaza de aceptar el puesto de Uralita. En mi primer año al frente de la agencia aumentaron las comisiones en una cifra equivalente al sueldo del empleado. Tres años después, en 1936, al estallar la Guerra Civil, el negocio había crecido mucho y contábamos con tres empleados.

1936. Guerra Civil. Mi padre tuvo que huir para no ser asesinado. Las turbas echaron a mi hermana de la tienda de Pont de Vilomara y la saquearon. Fui detenido varias veces por negarme a decir dónde estaba mi padre. Una de las veces me llevaron a los sótanos del Casino de Manresa, dónde estaba el comité revolucionario. Había otros detenidos que, más tarde, fueron asesinados. A mí me salvó una circunstancia singular. La noche en que fui detenido, ya de madrugada, bajó al sótano un hombre que vi que mandaba mucho. Me preguntó qué hacía yo allí; el que me había detenido dijo que yo era un fascista y el hombre le interrumpió, ordenándole que me liberara inmediatamente. Me invitó a subir a su despacho y me preguntó si sabía quién era. Le contesté que recordaba su cara, pero no sabía de qué. Me dijo: "Yo siempre apostaba a tu favor

cuando jugabas al billar y no tienes idea de los cafés, copa y puro que me hiciste ganar". Me preparó un certificado de adicto al régimen revolucionario, me acompañó a mi casa y me recomendó que me marchara algún tiempo de Manresa. Al día siguiente, me fui a Barcelona.

Estaba yo en Barcelona, ocupándome de atender a los clientes que todavía no habían huido ni habían sido detenidos o asesinados, cuando mis hermanos —que se habían quedado en Manresa— me comunicaron que unos agentes simpatizantes con el movimiento revolucionario se habían incautado de nuestra agencia y los habían echado a la calle. Afortunadamente, yo era amigo de los que componían el comité de empleados de La Catalana y conseguí que fueran a Manresa, armados con metralletas, y expulsasen a los invasores diciendo que la cartera de la agencia era de La Catalana y, en nombre de ella, procedían a su incautación. En realidad, era una estratagema, pues todos los meses yo iba a retirar las comisiones de la cartera. Gracias a la ayuda de estos hombres pudo vivir mi familia durante la guerra.

En 1937 fui movilizado y me incorporé al cuartel de Sanidad Anselmo Lorenzo, donde ya estaba mi hermano Antonio, que había sido movilizado con anterioridad. Nos hicimos amigos del comisario político, y nos colocamos en las oficinas. El cuartel se trasladó al antiguo Asilo Durán. Fui nombrado sargento de la Plana Mayor y me hice cargo de la jefatura de las oficinas, a las órdenes del comandante Burgos, una excelente persona, que no comulgaba con la revolución.

Desde mi puesto en las oficinas ayudaba a mis amigos para que no fueran al frente, pues me ocupaba de nombrar a los soldados que tenían que hacer guardia en los hospitales y los elegía cada vez que se enviaba una remesa de soldados para el frente. El día que el mando del cuartel tomaba esta decisión, cerraban todas las puertas y metían a los soldados en los camiones, sin permitirles despedirse de la familia.

En julio de 1938, entró en el cuartel un muchacho que era el secretario de las Juventudes Comunistas de Manresa y, al enterarse de mi puesto en las oficinas, me denunció como fascista. A pesar de la ayuda del comandante Burgos, el comisario político ordenó mi envío al frente. Me incorporé a la brigada 135, que fue destinada al frente del Ebro, que acababa de ser roto por las tropas republicanas. Pasé quince días espantosos en las montañas. Mi hermano Félix desapareció en el frente. Intentamos localizarlo a través de la Cruz Roja, pero no tuvimos éxito.

Presté servicio como sargento de camilleros, responsable de la evacuación de los heridos desde la trinchera al puesto de socorro del batallón. Cada día veía morir a amigos míos. La aviación y la artillería nacionales nos machacaban constantemente, y pasaba el tiempo medio sepultado entre rocas y tierra. Al final nos echaron del Ebro y llegamos a Valls. La brigada de 4.800 hombres había quedado reducida a 600, prácticamente sólo los servicios auxiliares.

Durante mi descanso en Valls y, posteriormente, en Santa Coloma de Farnés, donde nos habían trasladado para reorganizar la brigada, escribí muchos poemas.

En octubre del 1938 nos destinaron al frente del Segre, al lado del pantano de Tremp. Permanecimos allí hasta enero del 1939. Ante el avance de las tropas nacionales, iniciamos la retirada hacia Francia. Llegamos a Bourg-Madame y encontré a mi hermano Antonio entre decenas de millares de soldados. Nos dieron a elegir entre el regreso a España o quedarnos en Francia como refugiados políticos. Mi hermano y yo optamos por lo primero y fuimos trasladados en tren a Irún. Al llegar allí, nos embarcaron en el *Ciudad de Palma*, con destino que desconocíamos. Después supimos que íbamos a Cádiz.

Dormíamos sobre cubierta, pasábamos mucho frío y comíamos muy mal. Vi que había un piano en un salón, que estaba cerrado, y se me ocurrió preguntarle a un oficial si le gustaba la música de *jazz*. Me dijo que le encantaba. Me ofrecí a darle un concierto y me invitó a entrar en el salón. Se entusiasmó con mi concierto y pedí su ayuda para hacer más soportable el viaje. Me dio un par de mantas y una bolsa de frutas, que mi hermano y yo nos comimos ávidamente debajo de una escalera para no ser vistos por los demás.

Se me ocurrió la idea de enseñar los himnos del Movimiento a los 3.000 soldados que viajaban en el barco para poder cantarlos al llegar a Cádiz. Se lo sugerí al oficial, le gustó la idea y me presentó al comandante, que la aceptó encantado.

Como yo no conocía los himnos, pedí que se presentasen los que los sabían. Hice que los cantasen varias veces y yo los acompañé al piano. De este modo me los aprendí. Hicimos copias de las letras y, por turnos, fui enseñando a cantarlos a todos los soldados que iban en el barco.

Al llegar a Cádiz dirigí un coro de 3.000 voces, ante la admiración de los gaditanos y la satisfacción del comandante, a quien pedí una carta de recomendación para el comandante del campo de concentración a que íbamos destinados.

Llegamos a Rota. El campo de concentración estaba ubicado en una almadraba abandonada. Dormíamos sobre montones de paja, que estaban llenos de piojos. Conseguí que me recibiese el comandante del campo y que me autorizase a organizar un coro. Hice un arreglo del "Cara al sol" a tres voces. En uno de los ensayos vino un sargento de Falange con un látigo, nos dijo que nos estábamos burlando del himno y disolvió el coro a latigazos.

Recibí respuesta a una de las cartas que había remitido a los delegados en Sevilla de las compañías representadas por mi padre. Me decían que nos habían avalado a mi hermano y a mí. Yo salí en libertad un mes antes que mi hermano.

Fui a Cádiz y visité al agente del Banco Vitalicio, que me dio algún dinero. Me comí una docena de plátanos, después de tres años de no verlos.

Me presenté en la Capitanía General en Sevilla y fui destinado al Pabellón de Automovilismo del Cuerpo del Ejército de Andalucía, que estaba ubicado en Linares. Al terminar la guerra me confiaron una ambulancia de doce camillas, que hacía viajes Linares-Sevilla-Linares. Vi la posibilidad de hacer negocio y compré papel de fumar, que luego vendí en la zona nacional, donde no lo había. En Sevilla compré tabaco y lo vendí en la restringida zona republicana, donde carecían de este producto.

Nos trasladaron al Castillo de la Moncloa, una finca del duque del Infantado, que está cerca de Écija. Entré en la oficina del batallón como administrativo, lo cual me dejó tiempo libre para leer mucho y escribir poemas.

En septiembre de 1939 me licenciaron y me confiaron un coche para que lo trasladase a Barcelona. Al pasar por Madrid, localicé el cuartel donde estaba mi hermano Félix, del que había recibido noticias a través de la Cruz Roja. El encuentro no pudo ser más emotivo. Félix era el menor de los hermanos y mi favorito. Habían sido tres años de separación y de incertidumbre recíproca.

Otra vez en Manresa. Mi padre se había arruinado de nuevo. La tienda de Pont de Vilomara, los pisos y las oficinas habían sido saqueados. Las cuentas en los bancos y cajas de ahorro, así como los valores, habían desaparecido. Durante una semana tuve que continuar vestido de soldado, hasta que un sastre me hizo un traje nuevo.

La oficina de mi padre había sido saqueada y faltaba el fichero de asegurados, de modo que tuvimos que pedir a las compañías aseguradoras que nos facilitasen las fichas de las pólizas para hacer duplicados de las mismas. Durante varios meses me dediqué a visitar, uno a uno, a nuestros asegurados, para conseguir su conformidad a la adaptación de las pólizas a la nueva situación creada.

La situación alimenticia tardó meses en normalizarse. Eduardo Valentí nos ayudó mucho a soportar la carestía de alimentos. Más tarde, se convirtió en mi cuñado, al casarse con mi hermana Rosario.

En 1941, me casé con Luisa, después de un noviazgo de dos años. De hecho yo llevaba varios años enamorado de ella y le había dedicado una parte importante de mis poemas. Poco después falleció mi hermano Félix, a causa de una tuberculosis adquirida en el campo de concentración. Su muerte me produjo un gran trauma.

En 1942, nació mi hija Pepa. En 1943, mi hija Assumpta. En 1944, mi primer varón, José María. Vivía con muchas estrecheces. Mi padre me pagaba un sueldo muy inferior al que merecía por el beneficio que aportaba a la agencia, de modo que pensé en la posibilidad de independizarme.

En 1944 se presentó mi gran oportunidad. Se promulgó una nueva ley sobre el seguro de enfermedad. Pensé que se podría crear una mutua para trabajarlo, mutua que podría ser la base de un grupo asegurador en el que se integrara una compañía de seguros generales.

Expuse mi idea a Luis Figueras-Dotti, consejero delegado del Banco Hispano Colonial, a quien conocía porque la agencia de mi padre intervenía las pólizas de robo del banco. La idea le pareció excelente y me dijo que me pusiera en contacto con su yerno, el doctor Antonio Alzamora, que también tenía algunas ideas sobre este tema. Me entrevisté con el doctor Alzamora y enseguida llegamos a un acuerdo. Creamos una mutua, en la que él se encargaría de la organización médica y de aportar las empresas que giraban alrededor del banco. Yo me encargaría de la organización administrativa y de captar la colaboración de todos los agentes de seguros que conocía para que aportasen las empresas que tenían aseguradas. Hablé de este tema con mis amigos José María Juncadella, Luis Olano y Carlos Godó, conde de Godó, que aceptaron ser consejeros de la mutua, a la par que aportaban sus empresas y las de sus amigos.

Cuando lo tenía todo bien atado decidí hablar con mi padre. Cuando le expuse mis planes, que suponían mi alejamiento de la agencia, soltó una carcajada y me dijo: "Desgraciado, ¿tú crees que porque estás acostumbrado a que nuestros asegurados vean en ti al hijo de su padre, cuando vayas con tu sola cara te harán caso?" Tengo que reconocer que sufrí un ataque de orgullo cuando le contesté: "Estoy harto de ser el hijo del señor Serra." Mi padre enrojeció y me dijo: "¿Es esto una vergüenza?" "No -le contesté- pero quiero que llegue el día en que usted, para darse a conocer, tenga que decir que es el padre del señor Serra". Intentó pegarme un bofetón, pero le esquivé. Durante un mes no me dirigió la palabra, pero como hablé con Figueras-Dotti y con Juncadella y vio que el plan era definitivo y todos tenían una gran confianza en mi capacidad, se rindió. Nos reconciamos, después de pedirle yo perdón, y accedió a comprarme un coche y a pasarme un sueldo hasta que la mutua estuviera afianzada.

Creamos la Mutua Asepeyo, sobre la base de un antiguo montepío llamado El Obrero Catalán, con cuyos directivos llegamos a un acuerdo.

La ley se promulgó el 1 de marzo de 1944 y tenía que entrar en vigor el 1 de septiembre del mismo año. En estos seis meses di dos veces la vuelta a España, y el día 1 de septiembre pudimos arrancar con agentes representantes en toda España.

Simultáneamente, empecé a reclutar administrativos competentes entre los empleados que conocía de las compañías aseguradoras con las que había tenido tratos. A medida que la mutua crecía, también incorporé algunos buenos administrativos que había conocido durante la guerra.

El doctor Alzamora se ocupó de organizar el cuadro médico, pero me dijo que necesitábamos reunir más volumen para competir con la Mutua General, que era la más importante. Pensé en la idea de absorber una serie de entidades pequeñas que tenían dificultades para operar por su limitado volumen.

La operación tuvo éxito. Llegamos a un acuerdo con sus directores médicos para nombrarles asesores de Asepeyo y abonarles un sueldo equivalente al que hubieran percibido de sus mutuas.

Al constituirse el consejo de administración, yo propuse que el presidente fuera Figueras-Dotti, pero el consideró que los cargos principales tenían que recaer en los que habíamos constituido la mutua. Y, así, fuimos nombrados, el doctor Alzamora, presidente y director general sanitario, y yo, secretario y director general administrativo. Los estatutos los preparé con el abogado, Antonio Arderiu, y tuve mucho cuidado en que dichos cargos no fueran nombrados por el consejo, sino por la asamblea de mutualistas.

La marcha de la mutua fue ascendente y se desarrolló normalmente durante dos años.

En 1946, surgieron graves diferencias de criterio entre el doctor Alzamora y yo. El asunto se resolvió con la celebración de una asamblea de mutualistas, en la que obtuve el 96% de los votos.

El nuevo consejo de administración de Asepeyo estaba compuesto por Luis Planas, presidente; José María Juncadella, vicepresidente; Luis de Olano, Carlos Godó y yo, consejeros. Yo fui nombrado director general único. Más tarde, fueron nombrados Remigio Thiebaut y Luis Cela, consejero delegado y apoderado general, respectivamente, de Unión Española de Explosivos. También fue nombrado consejero secretario el abogado Antonio Arderiu, cuyo asesoramiento fue vital para mí durante la crisis.

Los dos años siguientes no fueron fáciles para Asepeyo, pues las primas del seguro obligatorio de enfermedad eran fijadas por el Gobierno y cubrían escasamente el coste de las prestaciones. Entonces consideré que había llegado el momento de crear o comprar una compañía de seguros generales, y lo comenté con Remigio Thiebaut —gran amigo de mi padre—, con José María Juncadella, con Luis Olano y con Carlos Godó, que estuvieron de acuerdo conmigo. Sin embargo, estos últimos, cansados de esperar que yo me decidiera, habían comprado acciones de la compañía Occidente y habían pasado a formar parte del consejo regional de dicha compañía en Cataluña. Entonces, presionado por ellos, me puse en contacto con el director general de dicha compañía, Matías Mateos Careño y, previo un somero análisis contable llevado a cabo por Luis Cela, hombre de confianza de Remigio Thiebaut, llegamos a un acuerdo para comprarle el 100% de las acciones al cambio del 110%.

Mantuvimos en sus cargos al presidente y a uno de los consejeros. Se integraron al consejo Remigio Thiebaut, Luis Cela, Jaime Figueroa, conde de Mejorada, José María Juncadella,

Luis de Olano, Carlos Godó, Luis Planas y Antonio Arderiu, en calidad de secretario. Yo fui nombrado consejero director general.

A medida que iba penetrando en la administración de la compañía me iba dando cuenta de que ésta estaba prácticamente en quiebra, pero Luis Cela no lo había detectado. Una vez más fui víctima de la inexperiencia. Entonces conté la realidad sin paliativos a los consejeros. La mayoría de los consejeros querían salirse y me regalaban sus acciones. Les dije que creía poder levantar la compañía pues, al conocerse el cambio de consejo y de la dirección general, tanto los reaseguradores y los bancos como las demás compañías habían dado muestras de su confianza. Pedí que se me concediera un margen de confianza para un plazo de dos años y lo conseguí gracias, sobre todo, a la ayuda de Juncadella y de Olano.

Poco después circuló el rumor de que Occidente marchaba mal. La mayor parte de los accionistas empezó a vender sus acciones. Yo reaccioné comprándolas. Estas compras fueron posibles gracias al apoyo de mi padre, a quien yo le decía que la compañía marchaba bien. Yo estaba ciegamente convencido de que conseguiría levantarla. Gracias a esta compra masiva de acciones de Occidente, hecha en unos momentos críticos, actualmente la familia Serra tiene prácticamente el control del grupo Catalana-Occidente.

En aquellas fechas, la salud de mi padre estaba gravemente deteriorada. Se me ocurrió la idea de crear una sociedad que fuera propietaria de las acciones, en vez de que estuvieran a su nombre. Así nació Depsa, como Compañía de Seguros de Asistencia Jurídica aun cuando, en realidad, era más bien una sociedad financiera de la familia Serra. No sin grandes dificultades, conseguí que mi padre se quedara con una parte minoritaria y cediera la mayoría a los hijos. Depsa se desarrolló y fue un buen complemento para el seguro de automóviles del grupo.

Al finalizar los dos años de plazo que me había dado el consejo, la compañía ya había reaccionado pero, durante estos dos años, tuve que exagerar las mejoras obtenidas para calmar sus preocupaciones.

Durante los años siguientes trabajé febrilmente. Era como una especie de borrachera ver que la empresa crecía y que los resultados mejoraban. Cuando ya estaba totalmente saneada, preparé un estudio en el que se veían todos los agujeros que habíamos tenido que tatar. Recuerdo que ascendían a más de 23 millones de pesetas, más de 2 veces el capital de la compañía que, en aquel momento, era de 10 millones de pesetas.

En 1950 nació Jesús, mi cuarto hijo. Ello colmó de alegría a mi padre, quien decía que “un matrimonio sólo es completo cuando tiene cuatro hijos y, a poder ser, dos parejitas”.

En 1951, Jean Raymond Fouchet, a quien había conocido como reasegurador y con el que había establecido una buena amistad, fue nombrado director general del Capa (Comité d'Action pour la Productivité dans l'Assurance) que estaba en período de creación y me invitó a formar parte de él. Se iban a integrar en el Capa la mayor parte de las grandes compañías europeas y me hizo ver que era interesante para mí conocer a los líderes de las compañías más avanzadas empresarialmente.

El Capa organizaba anualmente unas “Jornadas de trabajo para directores generales” a las que yo asistí regularmente. Estas jornadas me abrieron los ojos ante un mundo del seguro mucho más desarrollado que el español. Al propio tiempo, me permitieron hacer amistad con algunos de sus asistentes, especialmente con Georges Tattevin, presidente del Capa y del grupo Drouot, y con

Georges Martin, director general de La Royale Belge. La visita a sus compañías me sugirió una serie de ideas de mejora, tales como las campañas comerciales para incrementar la producción. Otra de las ideas fue la de mecanizar mi grupo. El año 1953, instalamos el primer equipo de fichas perforadas del seguro español. El grupo Drouot era el más avanzado en sistemas. Mi amistad con Tattevin me permitió enviar un colaborador mío a París, donde estuvo trabajando seis meses en sus departamentos de métodos y mecanización. A su regreso, creamos nuestro propio departamento de métodos, lo que nos permitió mejorar considerablemente nuestra organización, incrementando la producción y reduciendo los costes administrativos. La mecanización del departamento de siniestros nos proporcionó un mayor control de la siniestralidad de automóviles, lo que nos dio una gran ventaja sobre los demás aseguradores.

En 1952, trasladé mi domicilio a Madrid. En la decisión influyó una enfermedad de mi hija Pepa, que necesitaba un clima más seco.

Uno de los inconvenientes para crecer era que los agentes querían la exclusiva para su población. Con el propósito de tener dos redes de agentes y duplicar la nueva producción, fundé en 1954 la compañía Intercontinental de Seguros, sobre la base de nuestra filial Salerno, que sólo trabajaba el seguro voluntario de enfermedad. La tarea de crear una red paralela de agentes fue más difícil de lo que había imaginado, pero contribuyó en algo al crecimiento del grupo.

En 1955, fundé la Compañía Occidental de Capitalización. La capitalización —un sistema de ahorro con unos sorteos mensuales— estaba de moda y pensé que podía ser un complemento para nuestros agentes. El resultado fue menor de lo esperado y, después de un inicio espectacular, se fue apagando y la liquidé en los años sesenta. Por estas fechas, su patrimonio fue absorbido por Occidente y desapareció.

En 1957, el Capa organizó un viaje a los Estados Unidos para estudiar las primeras experiencias en la utilización de ordenadores electrónicos en las compañías americanas. Por consejo de M. Tattevin y de M. Fouchet, formé parte del grupo de aseguradores europeos que participó en el viaje. La experiencia fue memorable, sobre todo porque me permitió orientar nuestro sistema de fichas perforadas para facilitar la implantación de un ordenador en nuestro grupo.

En 1959, cuando el grupo Occidente —del que formaban parte, además, Asepeyo, Intercontinental, Occidental, Depsa y Salerno— ya marchaba viento en popa, me enteré de que La Catalana de Seguros estaba atravesando una seria crisis. Los resultados no eran buenos y había graves diferencias entre el consejo de administración y la dirección. La Catalana era una compañía mayor y más rica que Occidente y pensé que sería muy interesante formar grupo con ella. Me informaron que el principal accionista —Carlos de Casades— quería vender las acciones. Cuando supe que el consejo había destituido al director, Ramón de Delas, inicié las gestiones para comprar las acciones de Casades, con la conformidad de los consejeros de Occidente, que estaban entusiasmados con la idea.

Supe que uno de los consejeros de La Catalana era José Valls Taberner, íntimo amigo de mi padre, y le pedí que me presentara a Casades. Le llamó por teléfono en mi presencia y le pidió que me recibiera. Me advirtió que creía que perdía el tiempo. La entrevista con Carlos de Casades puso a prueba mi determinación y mi capacidad de reacción. De entrada, me dijo que había llegado tarde, pues ya había vendido las acciones a un grupo italiano. Durante más de una hora estuve intentado convencerle de que, como la venta no era firme, sino que sólo se había fir-

mado una opción de compra, nosotros pagaríamos la multa prevista para el caso de que uno de los firmantes se echara atrás. Me dijo: "Palabra de catalán palabra de rey, he puesto una firma y haré honor a ella". Todos mis argumentos fueron inútiles pero, cuando me acompañó a la puerta, tuve la suerte de que pasáramos por un salón distinto del que por donde había entrado. El salón estaba decorado con un arrimadero de madera en el que había una profusión de escudos catalanes, con las cuatro barras. Entonces, se me ocurrió una idea muy arriesgada y que rápidamente puse en práctica. Le dije: "Parece que usted es muy catalanista". "Con mucha honra", me contestó. "¿Se enfadaría mucho –le dije– si le dijera que no creo en su catalanismo?" Vi que su cara se crispaba, pero no me paré. "Usted puede vender sus acciones a un grupo catalán que quiere que La Catalana siga siendo catalana y, por un concepto –a mi juicio–, malentendido de la palabra y de la firma, prefiere venderla a un grupo extranjero. ¿Ha pensado en lo que dirán sus amigos catalanistas cuando lo sepan?" En este momento, el hijo de Casades, que lo acompañaba, me echó una mano y dijo: "Papá, yo creo que Serra tiene razón. Me parece que tendríamos que reconsiderarlo". El padre estuvo dudando unos momento y, finalmente, dijo: «Vamos a sentarnos de nuevo». Nos sentamos y, un cuarto de hora después, yo salía de su casa con la promesa formal de que sus acciones serían para nosotros.

Me pasé toda la noche escribiendo el plan que pensaba llevar a cabo para hacer rentable La Catalana. Al día siguiente tenía que ir a ver a Casades para formalizar el acuerdo, pero a primera hora de la mañana me llegó la noticia de que un grupo de personas se había interpuesto entre Casades y yo, y había conseguido que aquél cambiase de opinión y estuviese dispuesto a venderle su paquete de acciones. Me quedé de piedra.

Le conté a mi hermano Antonio la situación, y llegamos a la conclusión de que no todo estaba perdido todavía. En aquellas fechas, Antonio alternaba la dirección de la agencia Serra Sallent con la jefatura de la oficina de Occidente en Barcelona.

Llamé a Casades para despedirme de él, para darle las gracias por haberme escuchado. Le encontré muy enfadado porque, me dijo, que ya no sabía a quién vendía, pues los otros le habían dicho que yo sólo había sido un intermediario. Le pedí que me recibiera de nuevo y, a la media hora, yo estaba en su despacho con el talonario de cheques para formalizar la operación. Al llegar me confirmó que quería venderme las acciones a mí y no a (...) y me propuso que nos viéramos por la tarde, a las cinco, pues él acostumbraba a comer a las dos; faltaban cinco minutos y no quería perder la costumbre. Ante la posibilidad de que una nueva interferencia pudiera complicar otra vez la gestión, insistí para firmar un documento enseguida; tuve la suerte de que, en aquellos momentos, llegara su abogado. "Ve –le dije– la Providencia está de mi parte. Necesitamos un abogado para preparar el documento y llega oportunamente". El hijo de Casades me ayudó de nuevo: "Papá, Serra tiene razón. Es mejor que acabemos este asunto ahora. Voy a llamar a casa diciendo que iremos a comer más tarde". Casades dio la conformidad y el abogado empezó a preparar el documento. Mientras lo preparaba, llegó el representante del grupo italiano y le hicieron pasar a otro despacho. Cuando anunciaron a Casades su llegada, vi que se ponía nervioso y dijo: "Estoy quedando mal con esos señores italianos". Temí lo peor pero, afortunadamente, el abogado había terminado el documento. Lo firmé y extendí un talón de 10 millones de pesetas a cuenta de un total de 24, cuyo resto sería abonado en el momento de la firma del vendí ante el agente de cambio y bolsa. El abogado le presentó el documento a la firma y lo leyó muy despacio.

Después dejó el documento sobre la mesa y estuvo unos momentos dando la sensación que dudaba. Finalmente, firmó. Había sido una batalla difícil, pero yo la había ganado.

A continuación, convoqué una reunión con los consejeros de Barcelona y llamé a los de Madrid para informarles. También llamé a Ramón Negre, director comercial de La Catalana, con quien yo había llegado a un acuerdo después de mi entrevista inicial con Casades. El acuerdo con Negre era muy importante, pues era el representante del 12'50% de las acciones de La Catalana, que poseía su primo, Jaime Negre, un agente de reaseguros que vivía en París. Le sorprendió esta noticia. Yo le contesté que mientras los demás iban contando el cuento de la lechera, yo tenía en mi bolsillo un documento firmado por Casades en el que, además de constar que me vendía sus acciones, se obligaba a pagar una multa de diez millones de pesetas en caso de incumplimiento por su parte, además de devolverme la cantidad de diez millones que yo le había abonado. Me felicitó y me dijo que sabía que el grupo que competía conmigo por el control de Catalana había contactado a varios accionistas de ésta para comprar las acciones. Ante todas esas noticias, le pedí que me preparara una relación de todos los accionistas, para visitarles y contrarrestar cualquier maniobra ajena.

En la reunión, que celebramos por la tarde, Juncadella, Olano, Negre y yo —Godó estaba enfermo—, acordamos comprar todas las acciones posibles para sumarlas al 16% adquirido a Casades. Al día siguiente, compré las acciones que poseía el Banco de Santander y, además, conseguí que me abrieran un crédito ilimitado para financiar las posibles compras. A cambio, me comprometí a que el Santander fuera banco preferente de La Catalana cuando mandáramos en ella. En menos de veinticuatro horas visité un gran número de accionistas y conseguí comprar un 19% más que, sumado al 16% de Casades y al 12'5% de Negre, daban a nuestro grupo prácticamente el control de La Catalana.

Durante todo este proceso, Carlos Godó estuvo ausente, porque estaba enfermo con gripe. Le llamé, conseguí que se pusiera al teléfono y le dije: "Tenemos la posibilidad de tener el control de La Catalana y me interesa saber si tú estas de acuerdo". Me contestó: "¿Crees que es interesante?" "Interesantísimo", le respondí. "Entonces —dijo— ya me dirás cuánto dinero te tengo que mandar". Le dije que me ingresara 12 millones de pesetas en mi cuenta del Santander, y así lo hizo. Pocos días después, Juncadella me dijo que había encontrado a Carlos Godó en un cóctel mientras estaba contando que habíamos obtenido el control de La Catalana de Gas. Este hecho puede parecer risible, pero a mí me emocionó, pues demuestra la confianza ciega que tenía en mí cuando invertía dinero en algo que desconocía, por el solo hecho de que yo le dijera que era muy interesante. Esta confianza, que yo supe inspirar a mis amigos, fue la clave de mis éxitos.

Conseguimos llegar a un acuerdo con el grupo de antiguos consejeros, y Juncadella, Olano y yo nos integramos en el consejo. Se discutió mi nombramiento de consejero delegado director-general y, ante las reticencias de algún consejero y de mi ofrecimiento de no cobrar sueldo hasta un año después de mi nombramiento —plazo que necesitaba para encauzar la compañía— fui nombrado delegado del consejo. Seis meses después, fui nombrado consejero delegado-director general.

Cuando me instalé en mi despacho de director general teórico, vi que había un magnífico reloj de estilo rococó que estaba parado. Me dijo el conserje que hacía años que estaba así. "Así no me extraña que la compañía no marche", respondí. Y di orden de que lo pusieran en marcha o lo

quitaran, pues yo no quería parados a mi lado. Al día siguiente, La Catalana empezaba a marchar, incluido el reloj.

Al enterarme de que los componentes del comité —que, durante la guerra, me ayudaron a recuperar la agencia de mi padre cuando ésta fue incautada por el comité revolucionario de Manresa—, habían sido expedientados y despedidos después de la guerra civil, les hice llamar y les ofrecí la reincorporación a la compañía. Algunos aceptaron y, los que no lo hicieron, fue porque ya se consideraban bien colocados y agradecieron mi ofrecimiento, visiblemente emocionados.

Los jefes de departamento me recibieron con cierto recelo, pero éste fue desapareciendo a medida que yo les iba recordando que era un hombre de La Catalana, pues mi padre era agente de ella en Manresa y tenía su despacho de Barcelona, en el propio domicilio de La Catalana, donde disponía de una mesa que usaba todos los días y donde guardaba todas las fichas y documentos de nuestros asegurados de Barcelona. Por esta razón, al entrar en La Catalana, años después, por la puerta grande, como máximo dirigente, me produjo una emoción tan intensa que me entraban ganas de llorar.

A pesar de que había cosas que no me gustaban, decidí no modificar nada y dejar que la forma de actuar siguiera siendo la misma, pues sólo andando se ve de qué pie cojea la gente. Nunca he sido partidario de la fusión de distintas organizaciones con excesiva rapidez, pues la fusión es siempre traumática, especialmente en el aspecto humano. En aquellas fechas, formaban el grupo, además de La Catalana, Occidente, Asepeyo, Intercontinental, Occidental de Capitalización, Depsa y Salerno. Todas las sociedades tenían el mismo domicilio social, contaban con el mismo equipo directivo y disfrutaban de los mismos servicios comunes, lo que abarataba considerablemente el coste de los gastos de administración. El equipo de fichas perforadas era común a todas las sociedades, las cuales se hallaban en un grado de desarrollo de la mecanización muy similar.

Para facilitar la integración de La Catalana —y su filial La Previsión Nacional— en el grupo, pensé que era necesario preparar un plan con mis colaboradores de Occidente, a los que se sumarían mi hermano Antonio, Ramón Negre y Javier Villavechia, que posteriormente serían nombrados directores administrativo, comercial y de inversiones, respectivamente. Nos reunimos una semana en El Escorial para que no nos estorbaran, y elaboramos un ambicioso plan de integración, que contenía distintas etapas. El plan fue elaborado bajo mi consigna de «sin prisa, pero sin pausa».

La primera etapa incluía las siguientes medidas:

1. Modificar la estructura de La Catalana para hacerla homogénea con la de Occidente.
2. Mecanizar todos los servicios de La Catalana, empezando por el de siniestros de automóviles.
3. Mantener separadas las dos organizaciones, hasta que la unificación de los impresos y de los métodos de trabajo permitieran una integración progresiva.
4. Trasladar a los jefes de los departamentos de organización y de mecanización de Occidente a las oficinas de La Catalana, para que asumieran la responsabilidad de llevar a cabo los cambios proyectados.

Uno de los primeros problemas que detecté fue que la mayor parte de los jefes de departamento de La Catalana llevaban muchos años ocupando los mismos despachos y estaban,

prácticamente, atrincherados en ellos. La solución que adopté consistió en cambiarles a todos de despacho, con el pretexto de la reestructuración, y así conseguí que no me miraran como un forastero cuando entraba en su nuevo despacho.

La mayor parte de los jefes de departamento de La Catalana eran mayores de 65 años. Después de una serie de reuniones, que no fueron fáciles, les convencí de que la jubilación era una conquista social que tenían que aprovechar. De este modo jubilé a catorce de una vez. Esto facilitó la reestructuración, pues permitió promocionar gente más joven y más abierta a las reformas, y colocar en los puestos clave a algunos hombres de Occidente, expertos en organización administrativa y en mecanización.

En 1960, fui nombrado presidente del grupo de compañías de seguros contra incendios del Sindicato Nacional del Seguro. La elección no fue fácil, pues las compañías más importantes no veían con buenos ojos mis progresos continuados. Este cargo me permitió formar parte del grupo de incendios del Comité Europeo de Seguros, y asistir a las reuniones de trabajo que celebraba anualmente en distintos países europeos. Este mismo año, por consejo de M. Tattevin, contraté un ordenador 1401 IBM, para poner en servicio en 1962, que sería el primero del seguro español. Asimismo, por consejo suyo, creé un comité de informática para preparar, con tiempo, la implantación del ordenador. Aprovechando que en el grupo Drouot no trabajaban los sábados, conseguí de M. Tattevin la autorización para que el comité de informática estuviera presidido por el jefe de dicho departamento en el grupo Drouot quien, en sábados alternos, se trasladaba a Barcelona para trabajar con los demás miembros del comité. Su colaboración fue valiosísima, tanto para acelerar la puesta a punto de nuestro plan de informática como para evitar los errores que habían cometido en el grupo Drouot.

En 1961 falleció mi padre, después de una larga enfermedad. Tuve la suerte de que viviera lo bastante para ver mis sueños convertidos en realidad.

A finales de 1962 recibimos el ordenador 1401 IBM y, gracias a la labor preparatoria realizada por el comité de informática, pudimos ponerlo en marcha el 1 de enero de 1963, a pleno rendimiento.

Aunque Catalana de Gas recibió un ordenador igual unos días antes, yo sostengo que el nuestro fue el primero en toda clase de actividades, pues ellos tardaron mucho tiempo en explotar sus posibilidades. La potencia del ordenador era muy reducida, 8.000 posiciones de memoria, por lo que, antes de finalizar el año, ya la habíamos aumentado a 16.000. Lo primero que se informatizó fue el ramo de automóviles, lo que nos puso nuevamente en ventaja ante nuestros competidores.

En 1963, se fundó Baqueira (después Baqueira-Beret). Aunque yo fui uno de sus promotores, La Catalana no pasó a ser el accionista mayoritario hasta dos años después, cuando la sociedad se hallaba prácticamente en suspensión de pagos.

En los años siguientes, se continuó el proceso de unificación de lenguaje entre las compañías del grupo. Para ello fue muy útil el comité de coordinación Barcelona-Madrid, integrado por los directivos de ambas capitales, bajo mi presidencia.

En 1963 viajé nuevamente a Estados Unidos, con el Capa, para estudiar las organizaciones comerciales de las compañías americanas. Una de las compañías visitadas fue State Farm, la más importante del mundo en el ramo de automóviles. En la cena con que nos obsequiaron, en su domicilio social de Bloomington (Illinois), un vicepresidente se había enterado de que yo

era el "pianista oficial del Capa". Me preguntó si sabía tocar el himno americano y le contesté negativamente. Me dijo: "Es una lástima, pero ¿sabe usted tocar el "Que será, será"?" Le respondí afirmativamente, y me acompañó al piano para que interpretara la canción más de moda en aquellos momentos. La velada terminó cantando todos a coro el "Que será, será" con mi acompañamiento al piano.

Al día siguiente, el presidente de State Farm dio una recepción en su casa, a la que asistieron todas las fuerzas vivas de Bloomington. Cuando yo llegué, me tomó por el brazo, me colocó a su lado y me iba presentando como "Mr. Que será, será", a los que iban llegando. Durante muchos años, cada vez que visitaba State Farm —la visité muchas veces—, en el vestíbulo de su domicilio social había una pizarra que decía: "Welcome to Mister Que será, será".

En 1963 promoví, con otros aseguradores, la asociación Icea, de la que fui nombrado vicepresidente. Con Icea se trataba de introducir en el seguro español los conocimientos de *marketing*, de informática y de factor humano necesarios para sacarle del pozo del subdesarrollo en el que se encontraba. Fue nombrado presidente el otro asegurador que se había adherido al Capa. Fui yo quien propuso la candidatura de Sunyer para presidente, aunque los aseguradores que habían formado la comisión organizadora conmigo creían que debía ser yo. Sin embargo, en aquellos momentos, yo era demasiado discutido por los aseguradores más importantes y consideré que se debía evitar todo lo que se opusiese a la integración de todos los aseguradores en Icea. El tiempo ha demostrado que la creación de Icea fue un gran acierto pues, aparte de contribuir al desarrollo del seguro español, sirvió para mejorar mis relaciones con los que me miraban con recelo. En 1970, fui nombrado presidente, cargo que ocupé hasta el año 1985.

En 1965, se estropearon los resultados del grupo. Los resultados del ramo de automóviles eran francamente preocupantes. Entonces, propuse a mi hermano Antonio que segregáramos Asepeyo del grupo y él asumiera su dirección general, después de cesar en la dirección técnica del grupo. Mi hermano aceptó, después de una negociación, en la que yo transigí, cediéndole la compañía Salerno y la administración de Depsa, de la que sigo siendo presidente.

La decisión de segregar Asepeyo fue providencial, pues aunque la nueva ley de la Seguridad Social nacionalizaba el seguro obligatorio de enfermedad, autorizaba a las mutuas para trabajar el ramo de accidentes de trabajo, y nosotros habíamos tenido la precaución de contratar con Asepeyo la póliza de accidentes de trabajo de las compañías del grupo, con el fin de que estuviera inscrita en el registro de entidades autorizadas antes de la aparición de la ley.

La nueva ley llevaba aparejada la pérdida del seguro de accidentes de trabajo por parte de las compañías de seguros generales del grupo, lo cual hizo que perdiéramos un volumen considerable de primas. Un nuevo contratamiento. Acordamos pasar a Asepeyo nuestra cartera de dicho ramo y dedicamos la mayor parte de nuestros inspectores a colaborar con los agentes en el traspaso de las pólizas. Aunque esto era bueno para Asepeyo, pues nacía en el nuevo ramo con un importante volumen de primas, era malo para el grupo, pues le ocasionaba un aumento en el porcentaje de gastos de administración, a pesar de que traspasamos a Asepeyo el personal que se ocupaba del ramo perdido en las compañías del grupo. A continuación, inicié la reestructuración de Catalana-Occidente, sustituyendo los delegados provinciales por sucursales, que se hicieron cargo de sus agentes. De este modo, acabé con unas exclusivas que representaban un cuello de botella para nuestra expansión. El proceso era delicado y lo realicé lentamente.

Durante los años sesenta, hicimos unas experiencias de extensión de nuestra actividad a Francia, mediante un acuerdo con la mutualidad Travailleurs Français. Por este acuerdo, dicha mutualidad se obligaba a desarrollar y a administrar la cartera de La Catalana en Francia, mientras nosotros hacíamos lo mismo con la compañía Cantabria, controlada por dicha mutualidad.

La experiencia francesa no dio el resultado apetecido, pues supuso una inversión desproporcionada con la calidad de la cartera obtenida. Llegué a la conclusión de que no éramos suficientemente ricos para extendernos a otros países y decidí cerrar en Francia, porque vale más ser fuerte en un solo país que débil en varios. Llegamos a un acuerdo con Travailleurs Français, en virtud del cual nosotros nos quedamos con Cantabria a cambio de que ellos hicieran lo mismo con la cartera de La Catalana en Francia.

La pérdida de la cartera de accidentes de trabajo nos obligó a desarrollar un plan comercial que nos permitiese sustituir las primas perdidas por otras de ramos de mejor calidad. Lanzamos una serie de campañas comerciales que tuvieron un éxito espectacular, y conseguimos un crecimiento mayor que el que habíamos previsto. Este crecimiento y las medidas tomadas para controlar la siniestralidad influyeron positivamente en los resultados.

En el curso 1964-1965 seguí el Programa de Alta Dirección del IESE de Barcelona. Me gustó tanto, que decidí enviar a cursos parecidos a todos mis colaboradores con puestos de mando. El aumento constante de hombres que "han hecho el IESE" ha contribuido a optimizar la comunicación entre ellos, y a una mejora en los métodos de dirección del grupo.

En el programa que seguí en el IESE estudiamos un caso sobre planes estratégicos en las empresas, y llegué a la conclusión de que necesitábamos elaborar uno en nuestro grupo. Lo elaboramos con cierta precipitación y el resultado fue deplorable. Un año después, descubrí que ninguno de los hombres que habían participado en su elaboración tenía demasiada idea de lo que ocurría en sus departamentos. Este descubrimiento me resultó muy útil, pues me demostró que debíamos hacer participar en la elaboración del plan a otros niveles inferiores de los mandos.

El siguiente plan, en vez de hacerse de arriba abajo, se hizo de abajo arriba. El resultado fue bueno, pues, aparte de hacer participar en la fijación de los objetivos a los responsables de alcanzarlos, se creó un clima competitivo que contribuyó a mejorar la marcha del grupo.

En 1965, compramos unos extensos terrenos en Sant Cugat (50 hectáreas) para construir nuestra nueva sede social y promover una zona en la que otras empresas, siguiendo nuestro ejemplo, ubicasen sus oficinas. La zona estaba muy bien comunicada, pues contaba con la estación del ferrocarril que va a Sabadell —apeadero de San Juan— y lindaba con un proyecto de autopista que se construyó más tarde. Después de muchas negociaciones con el Ayuntamiento, empezamos a construir el nuevo edificio. Antes de decidir su diseño, hice un viaje por Europa para ver edificios construidos en las afueras de las ciudades, con el objeto de conocer los problemas de servicios que habían tenido y cómo los habían resuelto. Llegué a la conclusión de que el problema más importante era el del transporte del personal, y por eso escogí el terreno de Sant Cugat, por ser el mejor comunicado. Como noté cierto recelo entre el personal que tendría que ir a trabajar a Sant Cugat, encargué la construcción de una amplia zona deportiva en la parte de los terrenos no apta para la edificación. La zona consta de dos piscinas, cuatro pistas de tenis —más tarde ampliadas a seis—, una pista polideportiva y una cafetería, todo de una gran calidad. La zona se inauguró

en 1969 —dos años antes que el nuevo edificio— y se invitó a los empleados y a sus familias a que fuesen a pasar los fines de semana allí. La acogida entre el personal fue entusiasta, y me ayudó a desvanecer el recelo de los que tenían previsto el cambio de sitio de trabajo.

En 1966, mi hijo José María terminó el 5º curso de Empresariales, en Icade. En aquellas fechas vivíamos en Madrid. Le quedaba un curso pendiente que terminó, más tarde, en Barcelona. José María empezó un *stage* de dos años en el grupo, en el curso de los cuales trabajó en todos los departamentos.

En 1967, trasladé mi domicilio a Barcelona. Fui nombrado presidente de la Compañía Española de Crédito y Caución.

En mis viajes a Estados Unidos, durante los años sesenta, me di cuenta del interés extraordinario que tenían las asociaciones Limra (especializada en estudios y cursos comerciales del ramo de vida) y Loma (dedicada a todos los aspectos del *management*). En 1963, fui admitido como miembro de ambas asociaciones y, en los años siguientes, acudí regularmente a sus congresos anuales. En 1967, participé en un curso del Limra, en Caracas. Este curso me dio ideas para la mejora de nuestro ramo de vida.

En 1968, mi hijo José María se trasladó a Estados Unidos, para trabajar durante varios meses en la compañía New York Life.

En 1968, participé en el curso sobre el plan Amol —nombre invertido— del Loma, que se celebraba en Washington. Al regresar a España, di varias charlas a mis colaboradores y acordamos utilizar dicho plan para reestructurar el del grupo. Este plan ha dado buenos resultados, pues ha mejorado la capacidad de los mandos para fijar sus objetivos, y la de la dirección general para sintetizarlos y coordinarlos en los objetivos generales del grupo. Lo implantamos.

En otro viaje a Estados Unidos, entré en contacto con el Stanford Research Institute, subsidiario de la Universidad de Stanford, una de las más avanzadas en las técnicas del *management*. Por consejo de un amigo mío americano, encargué al SRI que hiciese una crítica de nuestro plan. La crítica supuso una especie de ejercicios de humildad para mis colaboradores, que creían que habían llegado a un grado de perfección planificadora difícil de superar. La lección del SRI fue aprovechada para perfeccionar el plan y se puede decir que, a partir de 1972, hemos alcanzado ya una perfección muy estimable.

En 1969, se casaron mis hijas Assumpta y Pepa. La primera es diplomada en artes decorativas y, la segunda, en periodismo.

En 1970, compramos un ordenador de mucha más potencia, que nos permitió informatizar nuevas áreas del grupo.

Ese mismo año, conocí en los Estados Unidos a Harold Hook, presidente de la compañía Cal Western y creador de un sistema de organización muy interesante llamado Model Netics. En un viaje posterior, Hook nos hizo una demostración de su sistema, y llegamos a un acuerdo para introducirlo en nuestro grupo. Mi hijo Jesús se trasladó a Sacramento —domicilio social de Cal Western— y asistió a clases sobre la educación por medio del nuevo sistema, al tiempo que se ocupaba de traducirlo al castellano. Posteriormente, fue introducido con gran éxito en nuestro grupo, y todo el personal participó en los cursos de formación por el nuevo sistema.

En 1970, nacieron mis dos primeros nietos, Jordi y Laura. José María regresó de Estados Unidos y se incorporó al grupo.

También fui elegido presidente de Icea. Mi relación con el Capa, con el Limra y con el Loma, me permitió establecer un convenio de intercambio de experiencias con Icea, que le ha ayudado a mejorar la calidad de sus actividades.

En octubre de 1971 se inauguró el nuevo edificio que, poco más tarde, pasó a ser domicilio social. El personal —al que se le abonaba un suplemento de salario— no puso dificultades al traslado. El edificio constaba de un anexo para cafetería del personal. Estaba construido teniendo en cuenta todas las nuevas técnicas de la iluminación, la insonorización y el aire acondicionado. El personal estaba encantado, pues trabajaba mucho más confortablemente que en el antiguo edificio del paseo de Gracia.

En verano, las familias de los empleados pasaban el día en la zona deportiva, y éstos se les unían a las cinco de la tarde, cuando terminaban el trabajo. Contratamos un profesor de tenis para que diese clases al numeroso grupo de empleados y de familias que deseaban practicarlo. También organizamos campeonatos en los que, tanto mis hijos como yo, participamos como uno más. También contratamos un monitor de natación, con éxito parecido.

En 1975, contraté los servicios del SRI para que colaborase con Icea en la elaboración del primer plan de desarrollo estratégico del seguro español. Ello me sirvió para que las entidades adheridas a Icea se comprometiesen a facilitar datos sobre sus actividades, con el objeto de elaborar estadísticas generales del seguro que pudiesen ser utilizadas por cada entidad al comparar sus propias estadísticas con las generales.

Al margen de mis actividades aseguradoras, he actuado como “líder” de un grupo de amigos que, bajo mi presidencia, construyó en 1970 el primer puerto deportivo privado de España, en el pueblo de Llafranc, en la Costa Brava. El mismo grupo de amigos construyó el Club de Tenis Llafranc, que ha llegado a ser uno de los más importantes de España. Con ambas realizaciones, he tratado de mejorar la calidad del turismo que visita todos los años aquella zona de la Costa Brava, donde yo paso mis vacaciones estivales.

En 1972, fui elegido presidente anual de International Insurance Seminars, organización mundial —con sede en Estados Unidos— para el estudio y la investigación del seguro.

En 1971, nacieron mis nietos Carlos y Marta. En 1973, Víctor y, en 1974, Nuria. En 1975, se casó José María con Elena.

En 1975, fui elegido presidente del Real Club de Tenis Barcelona-1989, el más importante de España. Este año nacieron mis nietos Guillermo, Hugo y Daniel. En 1978, mi nieta Pía.

Como el Real Club de Tenis Barcelona ya no era suficientemente amplio para acoger a todos los aspirantes a socio, se proyectó crear una nueva sección en Teià (a unos 20 kilómetros de Barcelona). Se compraron unos terrenos lo bastante amplios como para que llegue a ser uno de los más importantes de Europa. El querer compaginar su construcción con la de una urbanización contigua, promocionada por un grupo de socios del mismo club, retrasó mucho la realización de la nueva sección que, finalmente, se inauguró en la primavera/verano de 1980.

En 1977, *L'Argus* —la revista más importante del seguro europeo— nos dedicó un extenso reportaje, alabando nuestra organización y nuestros métodos de formación y de dirección. La portada tenía una fotografía de nuestro domicilio social y un titular en letras grandes que decía: “Catalana Occidente, une entreprise performante”. El mismo año 1977, fui elegido presidente del grupo de productividad por el comité europeo de seguros.

El año 1980, es de triste recuerdo para mí. El día 26 de marzo fui secuestrado por un comando de ETA-PM en el mismo garaje de mi casa. Me llevaron, en varias etapas, al País Vasco, donde permanecí 66 días encerrado en un zulo —un agujero hecho en el suelo— de apenas cinco metros cuadrados. El espacio estaba ocupado por un catre, una mesa, una silla y un recipiente para hacer mis deposiciones.

Me quitaron el reloj y el anillo de compromiso de boda. Me obligaron a quitarme la ropa y me dieron unos pantalones de pana y una camisa de lana, que llevé puesta durante toda la duración del secuestro. Lo mismo se puede decir del pijama que me entregaron. Las condiciones higiénicas en que viví eran deplorables. Aunque para beber me daban agua mineral —yo era una mercancía preciosa para ellos y no convenía que enfermase—, para lavarme sólo tenía una palangana.

Los primeros días fueron espantosos, pues no dormía ni comía; mi cuerpo estaba paralizado, y empecé a inquietarme. Pensé que debía encontrar un medio para restablecer mi equilibrio físico, y decidí andar incansablemente los dos metros y medio escasos que tenía la diagonal del zulo cuando ponía la mesa y la silla encima del catre. Andaba varios kilómetros diarios, y obtuve la doble ventaja de que mi cuerpo volvió a funcionar normalmente y de que me relajaba psíquicamente, pues contaba los pasos y, mientras lo hacía, no tenía tiempo para pensar.

Me sometieron a largos interrogatorios, primero para saber qué posibilidades tenía mi grupo para pagar un buen rescate. Más adelante, vinieron con fichas de amigos míos para que les facilitase información sobre sus domicilios, sus lugares de trabajo y de diversión, y sus horarios de movimiento habituales. Mentía cuando daba los datos y, luego, cuando se iban, memorizaba todo lo que había dicho, para que no me pillasen en un descuido si volvían a preguntarme. Efectivamente, lo hacían, pero supongo que no cometí ningún error, a juzgar por su silencio.

Las amenazas de ejecutarme si no pagaban el rescate se sucedían, especialmente cuando querían asustarme, antes de obligarme a escribir a la familia. Acepté esta obligación con cierta satisfacción, porque pensaba que era el único medio que tenía para que supiesen que estaba vivo.

Noté que me iba degradando, a pesar del relajamiento que me proporcionaban los milares de idas y vueltas que daba cada día. Ya no sufría la falta de limpieza como en los primeros días. Cada quince o veinte días me traían un barreño, lo llenaban de agua y hacía baldeo con una pastilla de jabón y una esponja que me facilitaban.

Cuando me traían papel para escribir a la familia, ocultaba unas hojas —bajo el colchón— donde empecé a escribir mis poemas, describiendo los altibajos de mi estado de ánimo². La comida era casera y, como hacía mucho ejercicio, comía con apetito.

De vez en cuando —supongo que cuando las negociaciones con mi familia marchaban bien— me traían periódicos y libros. Los libros eran de una colección de editorial Planeta, cuyos autores son todos premios Nobel. Cuando menos lo esperaba, se lo llevaban todo y me volvían a dejar completamente solo. Escarmentado, cuando me volvían a traer prensa —en general, atrasada— ocultaba algún periódico bajo el colchón. Recuerdo que oculté un ejemplar de *El País*, en el que había una serie de artículos dedicados a Sartre con motivo de su muerte. Los lei infinidad de veces porque no tenía otra cosa. Gracias a ello, he llegado a ser un profundo conocedor de la vida y milagros de dicho escritor. También lei un montón de veces un libro de Omnium Cultural sobre la primera conquista de Mallorca por los catalanes y los pisanos, que llevaba en la cartera de mano cuando me secuestraron, y que me permitieron guardar.

No me extendiendo sobre mis momentos de angustia, y de esperanza, durante el secuestro porque creo que están suficientemente descritos en los poemas que escribí durante y después de mi cautiverio.

Cuando ya llevaba cerca de dos meses cautivo, me dijeron que se había llegado a un acuerdo sobre el rescate y que me iban a liberar. Mi alegría fue inmensa. En la comida, me dieron fresas para postre, lo que me confirmó mi próxima liberación. Pero iban pasando los días y ni me liberaban ni me daban ninguna explicación. Mi confusión y mi desazón eran grandes (una vez liberado, supe que habían tenido que aplazar la entrega del rescate porque ETA supo que la Guardia Civil había aumentado los controles en las carreteras, y prefirió demorarlo).

Finalmente, el día 31 de mayo me dijeron que me iban a liberar inmediatamente. Me trajeron mi ropa para que me cambiara, y me devolvieron el anillo de boda y el carnet de identidad, para que no fuera indocumentado. Esto me tranquilizó, a pesar de que me pusieron una inyección de un somnífero para que durmiera, y me metieron otra vez en un saco de dormir, con las manos atadas y los ojos vendados. Me colocaron en el portamaletas de un coche y viajamos durante varias horas, primero por un camino de bosque y, luego, por una carretera.

Me dejaron bajo un árbol, al lado de un camino. Después de media hora de esfuerzos, conseguí desatarme y empecé a andar en dirección a unas luces que vi a lo lejos. Encontré una estación de servicio y un hotel que estaba cerrado. Llamé y salió el vigilante, que no me invitó a entrar. Mi aspecto era lastimoso. Llevaba un pelo largo de tres meses, revuelto por haber estado metido en el saco, una barba con el pelo muy blanco, las cuerdas todavía en mi cintura. Creyó que era un pobre hombre que pedía limosna o un loco escapado de un manicomio, y me dijo que no tenía habitación. Le conté mi historia, y cuando le enseñé el documento de identidad me invitó a pasar y me dio una habitación.

Me duché voluptuosamente durante más de media hora y, luego, dormí entre sábanas limpias, después de más de dos meses de hacerlo sobre un catre envuelto en una manta para protegerme del intenso frío. Después, he sabido que la casa donde estuve cautivo se hallaba a 1.700 metros de altitud. Dos horas después, me despertaron unas llamadas en la puerta de mi habitación. Al abrir, vi a mi esposa y a mi hija Assumpta que, después de muchas peripecias, me habían localizado. Más tarde, nos encontraron mis hijos José María y Jesús, e iniciamos el regreso a casa.

El encuentro con mis familiares fue muy emotivo. Nos abrazamos largamente y lloramos a mares. Al llegar a casa, encontré al resto de mis familiares, y al doctor Manuel de Oya, tío de mi nuera Elena. Me hizo un reconocimiento completo y me encontró físicamente bien. Los largos paseos diarios – en el último mes calculo que hice más de quince kilómetros diarios– me habían mantenido en buena forma física. En cambio, psíquicamente estaba hecho un guiñapo. El primer día lo pasé llorando, en contraste con la serenidad que había mantenido durante todo el secuestro.

Por consejo médico, toda mi familia se recluyó conmigo en nuestra casa veraniega de Llafranc, durante varios días, pues no convenía que estuviese solo. Seguía llorando a ratos, sin saber por qué, y llegué a la conclusión de que había perdido el control emocional. Esta situación duró muchos días, pero fue disminuyendo hasta desaparecer. Por fin, volví a ser un hombre normal.

Días después—previa una estancia en la clínica Incosol, donde toda la familia se sometió a un riguroso chequeo médico—visité a S.M. el Rey y al presidente Pujol, que se habían interesado repetidamente por mí durante el cautiverio. Con el monarca, tanto mis hijos y mi esposa como yo, tenemos una buena amistad, como consecuencia de las horas que hemos pasado juntos en Baqueira-Beret.

El presidente Pujol es amigo mío desde hace muchos años. Me preguntó qué pensaba hacer en el futuro. “Luchar para volver a ser el hombre batallador que era antes”, le respondí. “¿Cómo?”, me preguntó. “Pues luchando en tres frentes”, le dije. “Como consejero delegado de Catalana Occidente, vamos a construir, en la Diagonal, uno de los edificios más importantes de Barcelona; como promotor de Baqueira, vamos a invertir el doble del capital actual para convertirla en la mejor estación de esquí de los Pirineos; y como presidente del Real Club de Tenis Barcelona, vamos a terminar la nueva sección de Teià, que espero llegue a ser uno de los clubes más importantes de Europa”.

El presidente me felicitó y, días más tarde supe que, en una asamblea de las Cámaras de Comercio catalanas que presidió, dijo: “La semana pasada me han visitado dos empresarios. El primero me ha dicho que está harto de luchar, y que desea cerrar la fábrica y despedir el personal. El segundo, y digo el nombre porque Jesús Serra ha vivido una experiencia trágica en los últimos meses, me ha expuesto una serie de planes que piensa realizar para volver a ser el empresario emprendedor que ha sido siempre. Si los empresarios catalanes piensan como el primero, estamos perdidos pero, si piensan como Serra, el futuro de nuestro país está asegurado”.

Dos años después, mis proyectos se han convertido en realidad. Catalana Occidente, no sólo ha construido un gran edificio en la Diagonal, sino que ha restaurado su antigua sede del paseo de Gracia (entre ronda de San Pedro y Caspe), en la que ha invertido varios cientos de millones. Baqueira-Beret ha aumentado el número de sus instalaciones, y pasa a ser la mejor estación de esquí de ambos lados de los Pirineos. El Real Club de Tenis Barcelona ha puesto en marcha su sección de Teià, restaurando la masía y construyendo las primeras nuevas 10 pistas.

Durante los años siguientes, el grupo ha seguido progresando y Baqueira—que ya se llama Baqueira-Beret—creciendo.

En 1983, la Asociación de Amigos de la Llave de Barcelona me concedió este galardón. En 1984, el Gobierno me concedió la Medalla de Oro al Mérito en el Seguro. En el discurso que pronuncié el día de la imposición, dije “espero que la medalla no me la hayan concedido por lo que haya hecho en las empresas que he dirigido, pues estaba obligado a ello, sino por lo que haya hecho por los demás, sin esperar más recompensa que la satisfacción íntima por el deber cumplido”.

En 1983, llegamos a un acuerdo con el Banco de Bilbao para crear la Corporación General Aseguradora, a la que el banco aportó el 96% de las acciones de la compañía Aurora Polar y, nosotros, el 45% de Catalana Occidente. La participación accionarial era de un 60% para nuestro grupo y un 40% para el Bilbao. Nuestros planes de expansión eran muy ambiciosos, pero no acababan de marchar, a causa de las muchas reticencias que encontramos en Aurora Polar.

En 1987, el Bilbao se fusionó con el Vizcaya que, a su vez, controlaba la compañía Plus Ultra. Nos propusieron aportar esta última compañía a la corporación, con la condición de que ellos pasasen a tener la mayoría. Nos negamos y, después de una negociación, acordamos que

ellos se saliesen de la corporación y recuperasen Aurora Polar, a cambio de una compensación económica.

En 1985, el IESE celebró el XXV aniversario de su creación y, para conmemorarlo, acordó nombrar tres Miembros de Honor: un profesor distinguido del propio IESE, nombramiento que recayó en Fernando Pereira, ex director general del Instituto; un hombre que hubiese destacado en los negocios y en la política, nombramiento que recayó en el ex ministro Vicente Mortes; y un empresario de los más de 6.000 que habían cursado estudios empresariales en el IESE, nombramiento que, para sorpresa mía, recayó en mí.

El grupo ha seguido progresando en volumen, en beneficios y en prestigio.

En 1987, recibí una carta de Mr. Bickley, presidente de International Insurance Seminars, en la que me decía que había sido designado candidato al «Hall of Fame» del año —máximo galardón del seguro mundial— y que tenía las máximas probabilidades de ser elegido. Mi amigo Larramendi, presidente de Mapfre, regresó de los Estados Unidos convencido de que yo iba a ser el ganador, y me ofreció una placa «al primer asegurador español que consigue el máximo galardón mundial». El congreso anual del IIS se celebraba ese año en Londres, y allí fui con mi esposa y con mis hijos para recoger el premio. Sin embargo, ante nuestra sorpresa, fue elegido un asegurador alemán que había sido ministro de Hacienda. Parece ser que había sido un benefactor del seguro mientras fue ministro, y este argumento había servido al grupo alemán para influir en algunos votantes. El alemán ganó por un voto, y pienso que haber sido finalista ya fue un honor para mí.

En 1988, fui elegido presidente de honor del Real Club de Tenis Barcelona y del Club de Tenis de Llafranc.

En 1989, se me concedió el Premio de Honor del Turismo Catalán por la Generalitat de Catalunya. Con esta distinción, se quería premiar la promoción de Baqueira, del puerto deportivo de Llafranc y del Club de Tenis Llafranc, así como el impulso dado al Tenis Barcelona durante mi presidencia.

En 1990, la "Joven Cámara" de Manresa creó un premio anual para elegir el "Bagenc de l'any", y yo fui el primer elegido. Manresa es la capital de la comarca del Bages, y de ahí el nombre del premio. En el parlamento que pronuncié en la cena de homenaje, dije: "Dice el refrán que nadie es profeta en su tierra. Por eso me llena de orgullo ver que la tierra que me ha visto nacer considere que mis actividades a lo largo de mi vida merecen este premio".

En 1991, decidí jubilarme. En nuestro grupo todo el personal —incluido el directivo— se jubila a los 65 años, pero yo me he resistido a jubilarme de golpe, aun cuando lo he ido haciendo de manera progresiva, delegando en mis hijos la mayor parte de mis facultades directivas. Envié una circular a todo el personal, comunicando mi decisión y agradeciendo su colaboración. A los pocos días, vino a verme el comité de empresa y me entregaron un documento³ tan encomiástico para mi persona que casi no pude contener las lágrimas. Me decían que agradecían, sobre todo, mi estilo de dirección, especialmente:

1. Mi manera democrática de ser. El equipo directivo come con el resto del personal. Mis hijos y yo participamos en los campeonatos de tenis del grupo.
2. La creación y mantenimiento de la zona deportiva.
3. La generosidad de nuestro grupo a la hora de negociar los convenios colectivos con los representantes de los sindicatos

4. Mi preocupación por la formación del personal. El grupo ha sufragado los gastos del personal que ha querido estudiar una carrera universitaria. Gracias a ello, hay actualmente en el grupo varios economistas, actuarios, abogados e, incluso, médicos, que se han hecho universitarios trabajando en el grupo, y ocupan muchos de sus puestos de responsabilidad.

Unos días después, los comités de empresa de Barcelona y Madrid —integrados por los representantes sindicales— organizaron unas cenas de homenaje a las que asistió más del 90% del personal en activo, y del jubilado. Me regalaron una enorme placa de plata con una dedicatoria muy emotiva y, como les sobró mucho dinero —porque en la colecta voluntaria que habían hecho habían recaudado más dinero del esperado— me obsequiaron también con un precioso juego de ajedrez, en el que tanto el tablero como las piezas son de plata de ley.

No podía imaginarme un final de mi carrera empresarial tan gratificador: haber conseguido crear un grupo poderoso, y captar el afecto y la simpatía de todos mis colaboradores.

En 1992, la Generalitat de Catalunya me ha concedido la Creu de Sant Jordi, por mi trayectoria humana y empresarial.

He de reconocer que he sido un hombre de suerte pues, aparte de haber gozado siempre de una salud excelente, he tenido a mi lado una esposa y unos hijos extraordinarios que, no sólo no me han creado problemas, sino que me han prestado una ayuda inestimable en mis momentos difíciles.

NO TE APARTES DE MÍ, SILENCIO AMIGO

No te apartes de mí, silencio amigo,
fiel guardián de mis sueños y testigo
de mis temores y de mis zozobras.
Tú me acompañas en mis horas largas,
horas largas de angustia,
de duda y de esperanza,
y de angustia, de nuevo.
No me abandones, no, que yo te sienta
cerca de mí, silencio,
mientras mi pensamiento
vuela libre, muy lejos.
Para los pobres cuerpos hay mazmorras,
cadenas y grilletes
mas, para el pensamiento, no hay barreras.
Por eso, a veces, amo
cerrar mis ojos tristes, fatigados,
y volar lejos, muy lejos,
donde el aire está lleno
de voces gratas, de trinar de pájaros
y de risas de niños.
Después, cuando despierto,
sólo estás tú a mi lado,
estoy solo contigo.
En este ambiente sórdido, sombrío,
sólo tú me acompañas.
No te alejes —¡por Dios!— silencio amigo.
Cuando te siento cerca, en mi horizonte
renace la esperanza.

Anexo 2

COMITÉ DE EMPRESA

Sant Cugat

Sant Cugat, 2 de mayo de 1991

A nuestro inolvidable consejero delegado don Jesús Serra Santamans

En ocasiones, no se hace fácil describir en un escrito breve su gran personalidad y riqueza humana, porque son tantos los aspectos a destacar de su persona que se podrían cubrir muchas páginas.

El comité de empresa de Sant Cugat, y en representación de todos los compañeros de este centro, queremos dedicarle unas líneas para expresar el afecto unánime que sentimos por usted.

Bien es verdad que en todas las despedidas siempre surge la añoranza del ser que ya no vamos a ver con asiduidad, y que en muchos corazones quedará grabada su ausencia, porque en tantos años que ha estado dirigiéndonos, siempre ha tenido la agudeza empresarial para que nos hayamos sentido seguros y, a la vez, haber logrado el clima laboral permanentemente motivado, y esto no se produce por azar, sino porque ha habido un director que, en todo momento, ha conjugado su espíritu empresarial para estar a la cabeza del sector asegurador, con el espíritu humano que le ha hecho acreedor de ser reconocido como una gran persona, que siempre ha buscado lo mejor para sus colaboradores.

Si nos permite la comparación, usted ha sido el director general de la orquesta sinfónica de Catalana Occidente, que durante tantos años ha logrado grandes éxitos, y que todos sus componentes interpretamos idénticas partituras, para que todo el conjunto se sienta integrado plenamente con la cadencia y ritmo de la batuta de nuestro director, don Jesús.

Este comité desea que, en el futuro, todo se desarrolle con la normalidad que hasta ahora hemos trabajado, y aprovechamos la ocasión para agradecerle todas las decisiones y acciones que tuvo con nosotros, pensando siempre en mantener todos los aspectos que condujesen a la mejora de las relaciones humanas y clima social.

Nos sentimos muy contentos por su nombramiento de vicepresidente, porque seguirá estando con nosotros.

Prescindiendo de funciones ejecutivas, lo importante es que esté con nosotros durante muchos años.

Reciba un cordial abrazo de todos los empleados de este centro.

El comité de empresa de Sant Cugat, en representación de todos los empleados



P O E M A S

Prólogo ideal para un libro que el Poeta no publicará jamás

El Poeta trata de disculparse

Un prólogo tiene siempre algo de confesión. Por ello, el Poeta confiesa que no le ha resultado difícil escribir estos poemas pues sólo ha tenido que verter en el papel aquello que ya no le cabía en el corazón. El Poeta también confiesa que no ama demasiado esas normas rígidas que han sido creadas por los retóricos con el solo objeto de que, luego, puedan decir que los Poetas no saben escribir. Por eso, en los momentos de duda —que han sido muchos, porque dudar es alargar el placer en los momentos felices y encender la lumbre de la esperanza en los amargos— el Poeta ha acabado siempre crucificando la Retórica para que su corazón pudiera volar libre como la cometa que ha conseguido romper el hilo que la asía a la mano del niño.

El Poeta es un niño y, como los niños, adora el juego. Por eso le divierte jugar con la cacofonía —de las palabras pero no de los conceptos— en el “Poema del amor ardiente” y repite la palabra “Señor” hasta la saciedad —si es que el poeta puede llegar a saciarse de decir Señor— en el “Poema de la rosa azul”.

Pero el Amor también es un niño y, cuando le da por jugar con el corazón del Poeta ¿qué otra cosa puede hacer éste sino reír o llorar sin más normas que las que le fijan su alegría o su dolor? Antes de que venda su corazón a los mercaderes de la emoción hecha palabra, el Poeta prefiere que Dios se lo arranque y lo cuelgue de un garfio para ejemplo y escarmiento de los pusilánimes.

POEMAS EN CASTELLANO

I.-POEMAS DE GUERRA, AMOR Y OTROS

ROMANCE DE LA NIÑA ENFERMA

*A la memoria de Clara, una niña maravillosa
que murió de leucemia a la edad de diez años*

¡Qué alegre trinar de pájaros
en la tarde del domingo!
Los niños juegan felices
a civiles y bandidos
llenando el aire de fiesta
con sus cantos y sus gritos.
La niña enferma sonríe.
La madre –besos y mimos–
“Sé buena, Clara” se aleja
llorando por el pasillo
La niña enferma sonríe.
En sus ojos hay el brillo
de la fiebre. Su semblante
es de un albor infinito
La niña sigue sonriendo.
Excitada por los gritos
y los cantos se incorpora
en un esfuerzo inaudito.
La niña se tambalea
mas mantiene el cuerpo erguido
y dando traspiés avanza
hacia su ansiado objetivo.
“¡Gracias silla; con tu ayuda
conseguí abrir los postigos
de la ventana! ¡Qué goce
poder ver, al fin, los niños!”
Al verla cesan los juegos
y los cantos y los gritos.
De pronto, la llaman: “¡Claraaa!”
y la niña ha sonreído
agitando, débilmente,
las manos con regocijo.
Pero sus ojos se nublan.
Ya no distingue los niños.
“¿Por qué estará oscureciendo
si aún no ha anochecido?
¡Mamita, ven, que no puedo
mantener el equilibrio!
¡Qué de vueltas dan las cosas!
¡Silla estate quieta, digo!”
La niña resbala inerte.

"¡Qué duro el suelo, qué frío!
Mamita, mamita mía,
¿dónde estás? ¿por qué te has ido?
¿por qué me dejas tan sola
cuando más te necesito?"
La tarde cae despacio
bajo un cielo enrojecido
por los rayos del ocaso
de esta tarde de domingo.
La niña ya no sonrío;
no oye cantos ni gritos.
Los cristales de sus ojos
imploran ayuda a un Cristo
que, dormido en su cruz vieja,
sueña en un mundo idílico.
Los niños la llaman: "¡Claraaa!"
mas la niña se ha dormido.
Millares de ángeles velan
su sueño definitivo.
La calle suena a jilgueros
asustados. Se oye un grillo
que entona la letanía
de su "ric, ric" aburrido.
Los niños siguen jugando
a civiles y bandidos,
llenando el aire de fiesta
con sus cantos y sus gritos.
¡Qué alegre trinar de pájaros
en la tarde del domingo!

Écija (Sevilla), febrero de 1938

SINFONÍA EN AZUL

¿Por qué lloran
estos pájaros que cantan?

... y me dijiste adiós,
llorando,
en el umbral sonriente de tu casa
blanca y solariega.

Ya vendrán otros días de horizonte
más claro.
El cañón callará,
cansado
y esos buitres de acero que ahora siembran
la ruina y la muerte
inundarán de flores delicadas,
tu calle.
El cielo estará limpio.
Las trompetas
llenarán el espacio con sus himnos
triumfales.
Serán días de gloria,
de músicas y cantos
y risas
y besos amasados
con lágrimas.

Pero yo no estaré. Y será en vano
que busques angustiada,
entre la nube de hombres harapientos
que con aire cansado
vendrán por los caminos olvidados
de la paz,
mis andares cansinos
ni mi rostro cetrino,
ni mi cabello lacio,
ni mis ojos de miedo
y hastío.

Y llorarás y andarás perdida;
me llamarás hasta caer rendida
pero yo no te oiré
y tu "Jesús, Jesús" nostálgico
lo ahogarán los cantos
y las risas.

Y llegará la noche cenicienta
con sus sombras, sus duendes y sus ninfas.
La luna hará más pálida tu frente,
tu cara estará lívida.
Una visión de espanto
embargará tu mente ensombrecida.
Y me verás montado sobre un blanco
corcel apocalíptico
con las órbitas vacías y las manos
sangrando.

Te quedarás estática mirando
al cielo
y tus ojos inmensos, de horizonte
de mayo,
se nublarán. Entonces
alguien se apiadará
de ti. Y te dirá:
"Parecía de oro
el día.
Los destellos de sol
que reflejaban
las aguas soñolientas de un estanque
nos cegaban.
una brisa suave acariciaba
las flores y, los árboles,
cantaban su himno eterno de rumores
al cielo.
Me contaba de ti cuando un silbido
agudo, penetrante,
rasgó, el aire tranquilo de la tarde.
Cayó feliz, sonriendo,
con tu nombre en los labios.
Apenas si unas gotas escarlata
tiñieron de carmín el verde césped que cubría
el campo".

Más tú me esperarás, lo sé, sin esperanza,
pero me esperarás, llorando
en el umbral sonriente de tu casa
solariega y blanca.
Me esperarás llorando
como lloran los pájaros...

Frente del Ebro, agosto de 1938

ELEGÍA POR UN MUNDO AGONIZANTE

Ya se murieron las flores.
Otoño está agonizando
sobre un lecho de hojas secas
de un amarillo muy pálido.

Las golondrinas se fueron
hacia países más cálidos.
Ebrias de sol y de azules
volverán de nuevo en mayo.

El cielo ha puesto cortinas
de niebla a su azul cobalto
para no ver esos valles
ayer tan verdes y hoy pardos.

Los árboles llevan tristes
su desnudez por los prados
entre cortejos de rosas
ajadas y mustios nardos.

¿Por qué truenan los cañones
si otoño está agonizando
en un espasmo de luces
de un amarillo nostálgico?

El mundo es un niño triste
que tiene el aire asustado
pues siente en su carne joven
la zarpa de este holocausto.

En esta tarde dorada
por los rayos del ocaso
me siento muy solo entre
tanto trajín de soldados.

Y en mi soledad presiento
que algo en mí está cambiando:
es que en los campos de España
el mundo está agonizando.

Frente del Segre, otoño de 1938

BALADA DE LA LUNA Y LA MUERTE

Luna, tú que subes
al cielo,
envuelta en tu manto
de nubes,
escucha mi canto
de hielo.
¡Le canto a la Muerte!
La temo; quisiera ser fuerte
como tú, gritarte: "¡No temo la Muerte!"
Pero, ¡ay! no puedo,
el miedo
inunda mis ojos de llanto.
¡Ah, si mi alma inerte
tuviese el aliento de mi fe dormida!
Tengo sed de vida;
la idea de muerte
me llena de espanto
Por eso le canto
un himno de miedo, a la Muerte.

Frente del Ebro, otoño de 1938

¡Señor! ¿Por qué no hacéis más llevadero
este vivir tan duro?
¿Es que es vivir morir como me muero
de hastío de vivir como no quiero
y de temor por un mañana oscuro?
¿Por qué no hacéis, Señor, más llevadero
este vivir tan duro?

Frente del Ebro, agosto de 1938

“¡Espera! –grito– ¡espera!”
(El niño que soy yo solloza quedo)
¿Adónde voy yo, solo,
inerte niño ciego,
adónde,
sin la luz de tus ojos
ni la veleta blanca
de tu palabra amiga?)
“¡Espera! –grito– ¡espera!”
(Pero tú ya no escuchas y mi grito
se pierde en la llanura
inmensa del desierto de tu alma.)

Todo era luz y, de pronto, la sombra.
¡Qué soledad, la mía!
Sí, sí, ya sé, tú estás aquí
—me lo dicen mis ojos
y este escalofrío vil, mezquino,
de mi carne en tu carne—
pero la luz ¿qué se hizo de la luz?
"¡Ah —me digo— si todo fuera un sueño!"
más no es un sueño, no,
porque tú estás aquí pero ¡qué solo,
yo,
a tu lado!

¡Nooo!

Que no sean partícipes, los otros,
de mi dolor.

Que sea yo, yo solo,
el que lo sepa todo
y el que te lllore, alma.

Que sea yo, yo solo,
el que se burle —¡sí!— de mi fracaso.

JOSEFINA

Jazmín violeta y rosa —y ¿por qué no, la malva?
Obraron el milagro: un soplo de perfume
Sobre una gota virgen de rocío y, el alba,
Encendió el pebetero que tu vida consume.

Fuiste aroma, rocío, lucero que alumbraste
Innumerables horas oscuras de mi vida.
No me guardes rencores. Si es cierto que me amaste,
Acepta mi poema, sonríete y olvida.

No me has dejado solo
no,
me queda tu recuerdo.

Te llevo de la mano
por el sendero incierto, sinuoso,
que cruza, entre rosas
—y afiladas espinas—
el jardín de la Vida.

De pronto te resistes, como el niño
rebelde, perezoso, que no quiere
ir a la escuela. Luego
—¡oh, mágico poder de la caricia!—
cierras tus bellos ojos
y, sumisa, te prestas
a explorar los confines misteriosos
de ese país de ensueño
en el que se confunden las fronteras
del placer y el amor,
de la realidad y la fantasía.

Ahora, cuando siento
latir tu corazón cerca del mío,
mientras el día muere allá a lo lejos
observo que la brisa de la tarde
le da a tu melena fabulosa
el aire de un cometa caprichoso
que rasga, con su cola de luz áurea,
el firmamento gris de mi existencia
insulsa, anodina.

Gracias a ti, mujer, en mi horizonte
renacen la ilusión y la esperanza.

Dime, dime ¿por qué agitas
las cenizas del Recuerdo?
Deja, deja mis pesares
que descansen soñolientos
en el arca polvorienta
del Olvido ceniciento.

"¡Tu corazón ya es míooo!"
(Te lo arranqué. ¿Qué quieres, qué otra cosa
podía hacer si tú me lo negabas?)
"¡Tu corazón ya es míooo!"
(Agonizante, tibio todavía,
tembloroso como un pájaro huérfano,
lo tengo aquí en mi mano ensangrentada.)
"¡Tu corazón ya es míooo!"
(Pero tú ya no escuchas y yo, loco,
más que gritar, te lloro:
"¡Tu cora...zón ya es míooo!")

GITANERÍAS

¿Me pregunta cómo ha sido?
Lo sabe usted, señor juez.
Pasó lo mismo de siempre:
dos hombres, una mujer,
una navaja y un muerto.
Lo de siempre, señor juez.

Sevilla, 1939

Lo mismo que el cometa caprichoso
que cruza los espacios velozmente
para extinguirse en un maravilloso
arco iris de luz, el rayo ardiente

de tu recuerdo claro, en un hermoso
resplandecer, alumbra dulcemente
mi alma hastiada ya de este odioso
errar sin Norte indefinidamente.

Gracias, mujer, por verter el almíbar
de tu visión sonriente, como un mágico
remedio sobre mi pobre alma enferma,

condenada a gustar sólo el acíbar
del desengaño en mi caminar trágico
tras la ilusión de una ilusión eterna.

AL SANTO CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Señor, soy pecador. No es siempre lleno
de fe que al Cielo vuela el pensamiento.
También, mudable y libre como el viento,
se arrastra a veces, débil, por el cieno.

Mas Tú, Señor, si a mí me quieres bueno,
al acercarse la hora que presiento
¿inundarás de luz mi entendimiento
para que vaya a ti limpio y sereno?

Quisiera una agonía suave y lenta,
que mientras mi pobre alma cenicienta,
confusa, se extasiare en el deleite

de ver tu rostro afable, se extinguiere
mi vida, quietamente, como muere
la llama del candil falto de aceite.

Sevilla, 1939

PILAR

Penetran tus pupilas en mi mente
Igual que dos cuchillos, desgarrando
La carne que ha cedido lentamente
Al impulso fatal. Ya solamente
Resiste el corazón pero ¿hasta cuándo?

ROSA

Río de humor, manantial de ironía,
Océano de gracia y de soltura,
Surtidor del que brota clara, pura,
Alada y vaporosa, la Poesía.

Yo te miraba inquieto
"Te ofrezco mi sonrisa",
pálida, dijiste
mientras una lágrima rebelde,
pura,
transparente,
besaba tu mejilla
... Y preferí la lágrima.

Te siento en mí lo mismo que si fueras
burbujas de mi sangre. (En mi entraña
—¡oh, sortilegio de una influencia extraña!—
van floreciendo lentas primaveras).

Van floreciendo ardientes primaveras
en tu entraña fecunda, que es mi entraña.
¿Por qué la duda mi ilusión empaña
si yo te miro y tú tienes ojeras?

Sí, yo te miro y tú tienes ojeras
que ojos no ven pero que yo presiento
porque mi corazón está sediento
de ser quemado en líricas hogueras.

Y tu arderás en líricas hogueras
que avivaré incansable con mi aliento
mientras cabalgaré hacia el firmamento
sobre el corcel azul de tus ojeras.

Adoro ese chasquido de cristal
que es tu sonrisa
y ese mirar tan hondo, a veces brisa
para mi corazón y otras puñal.
Adoro esa tranquila indiferencia
con que muestras –procaz– la golosina
de tu cuerpo de diosa. Y la insolencia
de tu lengua mordaz y sibilina.
También adoro ese estremecimiento
salvaje, verdadero,
de hembra vencida cuando –hoja al viento–,
repites en mis brazos: “Yo te quiero”.
Y ese gran corazón, suerte de verde
y acogedor oasis en la duna,
mal jugador que tienta la fortuna
y apuesta siempre por el que más pierde.
Adoro esa tristeza que atesoras
porque te acerca a mí. En mis auroras
sin sol, en mis atardeceres
sin luna, tú, para mí, eres
la fuente generosa que me ofrece todo su tesoro.
Por eso yo te adoro.

¡Señor! Dale palabras a mi torpe lengua
para decirle lo que pienso,
para decirle lo que quiero,
para decirle lo que siento.
¡Haz que comprenda, Señor, haz que comprenda!

LA ESPERA

Pero el tiempo pasa...

... pero el tiempo pasa
y, ella, no viene.

El sol, ciega masa
candente, mantiene
su mágico influjo.
Yo siento el embrujo
que esa luz contiene.
Mas el tiempo pasa
y, ella, no viene.

Quiero que la brasa
del Amor me llene
con la llama interna
que es la luz eterna
que ella me trasvasa.
¿Por qué el tiempo pasa
y, ella, no viene?

La luz ya es escasa.
En el horizonte
se funden la casa,
el árbol y el monte.
Siento mi alma lasa
y no sé qué tiene.
Es que el tiempo pasa
y, ella, no viene.

PENSAMIENTOS AL VIENTO

Mar ...

¡Qué azul está el mar, hoy, que azul el cielo!
(¡Qué pálida mi alma!)
Las olas —¡oh, insondable
misterio de inquietud!— en su aburrido
ir y venir eterno, atropellado,
mansas y humildes lamen
mis pies sobre la arena.
A veces pienso en ese mar inmenso
—océano engañoso
de falsa luz y necias vanidades—
donde los hombres vienen
y van, alborotados,
altivos, retadores,
para acabar besando humildemente
—cuando el fin se presiente ya cercano—
la huella ensangrentada que dejara
el Hombre Dios impresa para siempre
sobre la arena blanca de la playa
definitiva,
única.

Campo de Concentración. Rota (Cádiz), 1939

¡No me dejes a solas conmigo, Señor!
Me tengo miedo.
Tú quisiste que amaras la luz,
la canción, la sonrisa
y esa ilusión que brilla
en los ojos de ella.

Por eso tengo miedo de estar solo
sin luz y sin canción y sin sonrisa
y sin esa ilusión
tan limpia que se asoma
a los ojos de ella.

Sonó un chasquido. Rotos,
los trozos de cristal
—víctimas inocentes o testigos
mudos, rencorosos—
me acusan desde el suelo.
Intento disculparme
y digo: "Fui muy torpe..."
Pero ellos no me dejan. Obstinados,
me atacan con los mil y un reflejos
de la luz que se quiebra en sus aristas.
Lo intento nuevamente, mas en vano.
En un último esfuerzo
abro mis ojos tristes sin ver nada.
Sus rayos, implacables,
fusilan mis pupilas anegadas.
Vencido, ya, dando traspiés me alejo
hacia la oscuridad
ya ciego para siempre.

POEMA DE LA ROSA

La rosa estaba allí, enhiesta, azul
y la arranqué, Señor.
Me cegaron su tallo, su color
y ese olor a abedul.
Fui muy débil, Señor,
ante la rosa azul.
La rosa azul ahora se marchita
y en vez de azul, está blanca, muy blanca;
tu vendaval, Señor, su tallo agita
y uno a uno sus pétalos arranca.
Tú eres justo, Señor.
¿Por qué tu ira no alcanza a ese villano
que maltrató la rosa?
Aunque fue por amor —¡ay, loco amor!—
la cercenó mi mano.
¡Castígame, Señor!
No dudes. Echa sobre mí la losa
glacial de tu desprecio o de tu olvido;
destrúyeme si quieres
mas haz lo que te pido.
¡Señor, salva la rosa!

Me siento solo y quiero defenderme
¿De quién? ¿De qué si yo estoy solo?
Intento sonreír. ¿A quién? ¿Por qué?
Me hablo a mí mismo
y mi voz resuena
en el vacío.
Nadie la escucha, nadie la recoge.
Y acabo por llorar... porque estoy solo.

Yo no pedía nada,
Señor, y era feliz
en mi infelicidad
porque mi escepticismo
me había llevado a creer en todo
que es algo así como no creer en nada.
Pero Tú la pusiste en mi camino
para calmar esa ansia infinita,
insatisfecha, que yo llevaba dentro
Y soy feliz, muy feliz,
indescribiblemente feliz
porque la quiero como un niño,
como un loco.
Ahora me pides que la olvide,
que intente comprender.
Es demasiado tarde,
no puedo comprender,
no quiero comprender.
Yo no pedía nada
y fuiste Tú, Señor,
quien la puso en mi camino
para calmar esa ansia infinita,
insatisfecha, que yo llevaba dentro.

CANCIÓN DEL AMOR VELEIDOSO

¡Ay amor, pérfido amor!
Ayer me sonreías y hoy me huyes.

¡Ay amor, loco amor!
¿Cómo saber si eres realidad o ilusión?

¡Ay amor, cruel amor!
¿Hasta cuándo este suplicio de Tántalo?

¿Por qué en mi desvarío
te llamo cruel, pérfido y loco
—con el ceño fruncido por la ira—
si, mañana, contrito y anhelante,
revolveré angustiado en el recuerdo
de mis días felices
hasta encontrar mi rostro más sonriente
para decirte: "Hola, bienvenido,
pérfido, loco, cruel... bendito amor?"

¡No creas no! Aunque seas tan bella
como la mariposa de alas de oro
y como la burbuja
de jabón que deslumbra
con sus reflejos y sus mil colores,
eres –como ellas– débil y –como ellas–
tendrás la vida breve.

Será en un día claro, azul, sin mácula.
Un sol de abril colgado allá en lo alto
del cénit azulado,
será el testigo mudo de tu ocaso,
coqueta.

ELEGÍAS ABSURDAS

I

Me desairaste y ya ves lo que has hecho
de mí: una piltrafa, un deshecho
que vaga solitario por el mundo
mostrando, de mi herida lo profundo.

II

¡Ah cuántas veces, de soñar rendido,
al viejo espectro de mi amor perdido,
llorando, reproché mi triste suerte!
¡Ah cuán feliz me hubiese hecho la muerte
de haberme envuelto en su sudario frío
para calmar mi loco desvarío!

III

Cansado, ya, de llantos y desvelos
pensé implorar remedios a los Cielos
y, levantando mi mirada umbría
al ancho espacio azul que me cubría
“¡Señor! –rogué– si es que he de estar loco
prefiero estarlo mucho a estarlo poco”.

TE HAS IDO QUIETAMENTE...

Lo mismo que un rumor cuando se apaga
te has ido quietamente. Yo tendía
mis brazos hacia ti, como queriendo
asir lo que se iba para siempre.

(Mas ¿se pueden asir la luz, la brisa,
la gracia, el perfume, la belleza?)

Te has ido quietamente. Y no has vuelto
tus ojos —tus culpables ojos glaucos—
porque has tenido miedo de perderte.

Te has ido quietamente, dulcemente.

Ahora estoy muy solo. En el espacio
un algo extraño flota que me oprime
y tiemblo y tengo frío y siento miedo.

Mis labios están secos. Y mis ojos.

¿A qué llorar si todo está perdido?

¿A qué verter palabras si es en vano
que intentes comprender?

Me siento solo en medio de la gente
que cruza alegremente mi camino
hiriendo con sus risas mis oídos.

Y abro mis ojos tristes sin ver nada.

¿Es que se puede ver estando a oscuras?

¿O no es oscuridad, es que estoy ciego?

Te has ido quietamente y, contigo,
se fue la luz, la gracia, la belleza.

Todo se fue. Por eso en el ambiente
un algo extraño flota que me ahoga
y tiemblo y tengo frío y siento miedo.

Te adoro porque eres rubia
como el trigo y el centeno.

Te adoro porque es gracioso
tu andar y tu hablar sincero.

Te adoro porque eres bella
y humilde como el romero.

Y también porque eres buena
como el Pan del Sacramento.

YO NO SÉ...

Yo no sé qué amo en ti: si esa sonrisa
que como lluvia cae
sobre mi corazón y se desvae
lentamente, sin prisa,
o esa suave tristeza
que a tus ojos aflora
cuando –niña desnuda– tu alma llora
yo no sé qué pecados de impureza.

CANCIÓN DEL AMOR AUSENTE

Dime amor ¿dónde estás que no te veo?
¡Qué silencio tan hondo y tan sombrío!
Responde, amor, apaga esta impaciencia
que quema mis entrañas.
¡Qué soledad la mía! ¡Qué congoja!
¡Amor...! ¡Amor...!
(Qué sensación de alivio
cuando el aire me trae tu suspiro:
"¡Estoy en tu corazón!")

Todo es en mi recuerdo
presencia de ti misma.
Tus besos, tus caricias, tus suspiros
están dentro de mí, cual si yo fuera
el arca donde guardas
tus esencias mas puras.
Por eso yo, avaro de ti misma,
escondo tu caudal en lo más hondo
de mi ser y, a un tiempo,
me siento fortaleza,
arca y centinela
de ese tesoro inmenso que eres tú.

Era tan verdad
que parecía mentira.
J. R. J.

¡Dime que no es verdad,
Señor, di que es mentira!

Mi corazón es fuerte
para el dolor;
para la dicha, débil,
tímido, miedoso.

¡Dime que lo he soñado,
Señor, di que es mentira!

Porque si verdad fuera
¿qué corazón podría resistirlo?
¡Date prisa, Señor! Di que es mentira
antes que el corazón
estalle en mil pedazos.

Si llora, tú que nunca
supiste de otras lágrimas —coqueta—
que las ajenas, llora.
También para las lágrimas se hicieron
los azules cristales de tus ojos
que tanto se sonrieron.

No entraremos en razón;
tú me hablas con el cerebro
y yo con el corazón.

"Si un día me olvidas
—le dije temblando—
llorarán los cielos."
Los cielos lloraron.

No me hagas hablar, no, que se me escapa
el sabor de los besos que me diste.

¡Por Dios, contén el labio!
Que este rictus amargo que se asoma
no llegue a concretarse.

Que no sea
El invierno que hiele, que marchite
los almendros en flor
de tu sonrisa.

MARTA

Mitad ángel azul, mitad diabluelo,
A veces mar bravía, a veces suave
Riachuelo en el que se mece blanca nave.
Tal eres, Marta: inquietud, consuelo,
Algarabía, paz, infierno, cielo...

¿Crees que me has besado porque has puesto
tus labios en los míos
como el que deposita una limosna?
¡No, no! Yo te he besado
con el alma hecha labios
pero tú, no. Estabas
ausente de ti misma.

Te tenía en mis brazos, yerta, inmóvil,
como una estatua en mármol,
sin aliento, sin vida.
No te he besado a ti sino al recuerdo
de una ilusión que ha muerto para siempre.

«Cuentan de un sabio que un día...»

Calderón de la Barca

Cuentan que María, un día
tan hermosísima estaba
que el mismo sol la envidiaba
y de celos se moría.
¿Habrà otra —entre si decía—
tan hermosa como yo?
Y, cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
que, en el espejo, sonriendo
la miraba su otro yo.

2. LARGO VIAJE POR LA SOMBRA⁴

26 de marzo a 31 de mayo de 1980

⁴- Los poemas que siguen –sencillos en su expresión pero hondos y obsesivos hasta la reiteración– fueron esbozados durante mi secuestro y terminados tiempo después, cuando mi estado emocional me permitió abrir de nuevo mis heridas.

I

Todo era luz y, de pronto, la sombra.
¡Qué soledad, Dios mío!
Hace un instante yo era un hombre libre
repleto de ilusión y de esperanza
y ahora ando cautivo, con los ojos
vendados, hacia lo desconocido.
Entre cinco pistolas que me apuntan,
la sensación de soledad me embarga.
No hay peor soledad que la de estar
rodeado por cientos de enemigos.
¡No me olvidéis, amigos!

II

Tengo el cuerpo molido. No es muy cómodo
ir metido en un saco
por senderos de bosque
con los ojos vendados
y las manos atadas. (¿Tanto miedo
tenéis de mi persona?)
Mientras el coche avanza lentamente
—¿hacia la muerte o hacia el cautiverio?—
mi cuerpo inerme sigue rebotando
sobre el suelo metálico.
Todo me duele pero yo bendigo
este atroz sufrimiento.
Mientras sienta el dolor habrá esperanza.

III

¡Qué silencio tan hondo y tan sombrío!
¡Cómo encuentro a faltar el sol, el aire
y las voces amigas!
Después de tantas horas de ceguera
la luz fluorescente
fusila mis pupilas.
La cabeza me duele
—¡esa venda tan prieta
que oprimía mis sienas!—
pero al fin veo un techo y unos muros
y un suelo que me asfixian. Pero veo.
Y doy gracias a Dios
por permitirme verlo.

IV

¿Qué si sé quiénes sois?
Y ¿qué puedo decir?
¿Decís que sois –¿lo sois?–
unos idealistas
que combatís por una causa justa,
que nadie quiere comprender? ¿Se pueden
comprender el secuestro,
la tortura mental y la amenaza
velada permanente,
por una causa justa?
Soy un hombre tranquilo
que ama la Paz, la Vida, la Amistad,
el aire puro, la Naturaleza,
en fin, la Libertad. Y ¿cómo puedo
comprender que me pudra lentamente
en un sótano infecto
por una causa noble?
¡No! ¡No! No lo comprendo
ni quiero comprenderlo.
Comprenderlo sería
matar el hombre libre que hay en mí.

V

Sois jóvenes y ¿odiáis? No lo comprendo.
Ser joven es amar, goza, vivir
—¡vivir, santa palabra!—
mas, vosotros, odiáis. Y ¿por qué a mí?
No habéis tenido suerte.
A mí me han enseñado a amar, a convivir.
En mi mazmorra, siento todavía
el placer de vivir, mientras vosotros,
en vuestra libertad
—¿es que sois libres?—, sólo lo sufrís.
Y ¿de qué os sirve vuestra libertad
si estáis esclavizados por el odio?
No envidio vuestra suerte. En el fondo
me dais una gran pena,
una profunda pena.

VI

"¡Que le matamos, sí, que le matamos
si vuelve a suceder!"

Qué finos sois en vuestra crueldad.

Ya podéis tutearme, ya. Si yo lo hago
con vosotros ¿por qué no conmigo?

"Que le matamos, sí, que le matamos!"

¿Por qué lo repetís?

¿Es que queréis matarme
dos veces? ¡Eso no!

La espiga de mi cuerpo

está ya preparada

y espera la guadaña

pero mi alma, no.

Podréis segar mi vida

terrena. ¡La otra no!

VII

Otra vez ese tétrico chirrido
de puerta o de trampilla
que se abre. ¿Venís
de nuevo a torturarme
con las mismas preguntas?
¡No, no! No diré nada
mientras mi cuerpo aguante, pero, luego...
¿esperáis conseguir
lo que con tanto afán ansiáis saber?
Escuchad bien, si acabo confesando
no seré yo el que hable sino el otro,
ese otro indefenso,
ese pobre pelele
en que habréis convertido
el hombre que soy yo. Pero de nada
os servirá. Dirá lo que sabéis,
lo que le haréis decir.
Lo que yo sé, no lo sabréis jamás.

VIII

Si decidís matarme
me mataréis de pie.
Aunque me torturéis
no imploraré clemencia,
no me veréis llorar.
Por dentro sí, de rabia, de impotencia
pero, por fuera, no,
no me veréis llorar.
Mis lágrimas no son para vosotros,
son sólo para aquellos que me aman
que sé que no me olvidan
y que sufren conmigo.
Para vosotros, no.
Puedo llorar de gozo o de dolor,
de pena o de alegría
pero, de miedo, no.
Me han visto llorar —¡sí!— los que me aman
pero vosotros, no,
no me veréis llorar.

IX

Podréis matar mi cuerpo
pero mi alma, no.
Aquí todo está sucio,
húmedo, repelente,
pero mi alma, no.
Mi cuerpo ansía el agua,
el jabón y la esponja
y un aire menos fétido, más puro,
que huele a hierbabuena
a romero y tomillo.
Mas mi alma está limpia
y no la ensuciaréis
—ni empañarla, siquiera—
porque ella no está aquí, con los que odiáis,
sino con los que aman
allá lejos, muy lejos.
Podréis matar mi cuerpo
pero mi alma, no.
Ella volará, libre,
y os mirará con pena
—con pena de vosotros, no de mí—
porque quisisteis, necios, ensuciarla.
Pero a mi alma, no.
Vosotros no creéis que existe un alma
que es insensible al hoy, por cruel que sea,
porque después del hoy vendrá un mañana
en el que no estaréis. Pero ella, sí.
Podréis matar mi cuerpo miserable
—¡matadlo ya, cobardes!—
pero mi alma ¡no...!

X

Último ruego a mi esposa y a mis hijos.

Si su amenaza se cumple
¿qué epitafio le pondréis a mi sepulcro?
Si no sabéis que ponerle
escribid, junto a mi nombre:
"Fue una víctima del odio.
Murió sin saber por qué".

XI

No te apartes de mi, silencio amigo,
fiel guardián de mis sueños y testigo
de mis temores y de mis zozobras.
Tú me acompañas en mis horas largas,
horas largas de angustia,
de duda y de esperanza
y de angustia, de nuevo.
No me abandones, no, que yo te sienta
cerca de mí, silencio,
mientras mi pensamiento
vuela libre, muy lejos.
Para los pobres cuerpos hay mazmorras
cadenas y grilletes
mas para el pensamiento, no hay barreras.
Por eso, a veces, amo
cerrar mis ojos tristes, fatigados,
y volar lejos, muy lejos,
donde el aire está lleno
de voces gratas, de trinar de pájaros
y de risas de niños.
Después, cuando despierto,
sólo estás tú a mi lado,
estoy solo contigo.
En este ambiente sórdido, sombrío,
sólo tú me acompañas.
No te alejes —¡por Dios!— silencio amigo.
Cuando te siento cerca, en mi horizonte
renace la esperanza.

XII

¿Que van a liberarme?
No puede ser verdad.
Señor, di que es mentira.
Mi corazón es fuerte
para el dolor;
para la dicha débil, tímido, miedoso.
Dime que lo he soñado,
Señor, di que es mentira,
porque, si verdad fuera
¿qué corazón podría resistirlo?
Date prisa, Señor, di que es mentira
antes que el corazón
estalle en mil pedazos.

XIII

¿Fue una broma macabra?
Si no lo fue ¿por qué pasan los días
y sigo enclaustrado
en este antro infecto?
Las horas se hacen largas, infinitas
y, por mi mente, pasan en tumulto
la angustia y la esperanza.
Lo que ayer era dicha
hoy es tristeza, duda, desaliento
pues siento que este cerco que me oprime
se va estrechando implacablemente.
Mientras mi pensamiento
vuela lejos, soñando
paraísos remotos, imposibles,
mi mirada se pierde
por las paredes grises de mi cárcel
hasta posarse en una endeble araña,
que, ajena a mi tragedia,
va elaborando tesoneramente
una tela sutil y quebradiza.
¡Qué escalofrío! cuando
despierto de mi sueño y me pregunto:
“¿es así de sutil y quebradiza
la tela de tu vida?”

XIV

¿Decís que vais, por fin, a liberarme?
Entonces ¿por qué el saco,
las cuerdas y la venda?
¿Por qué la jeringuilla
siniestra?
¡Por Dios, no me droguéis!
Quiero tener la mente
despierta, muy despierta.
Si el fin de este calvario es la muerte
quiero verla de cara,
con la frente muy alta.
Y si es la libertad
—la ansiada libertad— la que me espera,
dejadme que la vea
venir desde muy lejos.
Por distante que esté
la notaré más cerca al vislumbrarla.
¡La siento tan lejana, *todavía!*

¿Es cierto? ¿Estoy libre? La mazmorra
se quedó atrás mas otra vez me encuentro
atrapado en un saco
con los ojos vendados y las manos
atadas. (¿Tanto os duele
liberarme del todo?)
Intento desatarme, mas en vano.
Mis muñecas se llagan pero sigo
porfiando. Finalmente,
cuando el último nudo capitula,
un estremecimiento
conmociona mi cuerpo y me entran ganas
de gritar: "¡Estoy libre!", mas no puedo
pues la voz se me quiebra en la garganta.
Permanezco en silencio
e intento sonreír, pero las lágrimas
ahogan la sonrisa. Y me quito
la venda humedecida
lentamente, igual que si quisiera
recrearme en el goce
de retrasar voluptuosamente
el retorno a la Vida.
Y lloro a mares.

XVI

Por fin, la libertad
total. ¡Bendita Luna,
que asomas tu perfil entre las nubes,
esas nubes tan blancas, tan distintas
de las que oscurecían mi horizonte!
¡Benditos grillos y benditas ranas
que, con vuestro ric-ric groc-groc monótono,
me dais la bienvenida!
El miedo y la zozobra
se quedaron muy lejos,
y empiezo a caminar hacia la Vida.

XVII

¡Sí, sí, soy yo! He vuelto
a la Vida. Besadme,
estrechadme muy fuerte. Que yo note
vuestros cuerpos muy cerca. Que yo sienta
el latir desbocado
de vuestros corazones.
¡Llorad, sí, sí, llorad como yo lloro!
Vuestro llanto es la lluvia bienhechora
que fertilizará mi corazón
sediento de ternura.

POEMAS EN CATALÁN

AL MEU FILL JESÚS

Ací va fill meu, ço què's recull
de tot quan, fins ara, tinc escrit
en vers. S'enten?
No hi ha res copçat a bell cop d'ull,
ni he pretès de fer res infinit.
Hi he parat ment.

Si després, tinc algun altre raig
fecundant la meva inspiració,
l'aprofitaré.
Si inspirat, nous versos encar faig
engrandint, aquesta col·lecció,
t'els enviaré.

Hi ha el ressó de trossos de ma vida,
de la vida, llarga que he tingut,
però, no tota.
Dels atzars viscuts, en son la mida,
tan de jove, com de senectut,
que ja s'esgota.

Hi reviu el temps de vostre infància,
quan cantava el Chor de "L'Unió",
fent grans concerts,
i també la molt joliu fragància,
dels Programes de Festa Major,
molts d'ells, encerts.

Sobre tot, desflora quan la guerra,
ens tingué molt temps tan allunyats.
El meu enyor,
va trobar consol ací en la terra,
fent nous versos, d'amor omplenats,
esplai del cor.

Regalim constant, que d'aleshores,
ha rajat, fèrtil, ben sovintment
pels familiars,
i després, n'he fet passant-hi hores,
complament amics i algun parent,
que s'ho va guanyar.

Uns n'hi ha, que'l cor hi bat ses ales
dedicats als meus estimats nêts,
que ja son set,
bell reflex, com si unes grans bengales,
pensaments em recitaven fets,
a tort i dret.

Finalment, que'l món se m'esmunyia
ovirant aprop la meva fi,
—per quan Dèu vulga—
fervoròs uns versos n'escrivia
a Roser, la mare i un per mi.
Quanta trifulga!

Per voler tenir també un vers "meu",
car jo vull la petita eufòria,
d'explicar un xic la meva història,
sense cap detall.
Pretenint, amb ell, dir-vos "adèu"
i gravar bé en vostra memòria:
"La salut perdi per vostra glòria;
tot quan sou, és fruit d'un llarg treball"

Josep Maria Serra Sallent
Manresa, 27 de febrer de 1950

ADÉS, ARA I DESPRÉS

Consell: Defugir semblar-ne savi,
i menys, tonto pretenció.
D'intent, mai no feu agravi
a ningú, i tindreu conclòs
tot el tarannà de l'Avi.

Crec que un deure tinc ans d'anar a la Glòria,
de contar als meus fills com també a l'esposa
els fets importants de la meva història.
Sovint ha sigut fortament commosa,
però té moments aurallats d'eufòria.

En poble petit, l'any vuitcents vuitanta,
al món vaig venir en plena vesprada
de Festa Major. La orquestra, vibranta,
a l'Ajuntament l'hi feia l'albada
en nostre carrer, bella i ressonanta.

Vaig quedar imbuït de só i melodia
que influirà tant en tota ma vida.
Ja de molt petit afició tenia
a cantar cançons. Quan l'amor em crida,
solfa i piano aprenc i un xic d'armonia.

De l'Assumpta ensems, vaig enamorar-me
i al pròxim any sí, amb mí es desposava.
Anant festejant, tan vaig preparar-me,
que en l'any nou-cents set, "nou" Coro fundava
dels cantors del "vell", que van ajudar-me.

Pocs mesos després, en bella diada
de Festa Major, ma ferma batuta
el cant dirigint. La nostra cantada
sonora i vibrant, de forma absoluta,
enferveritzà a la gran gentada.

El Coro és petit. Són sols vint-i-quatre,
però va creixent com ni jo pensava.
A força d'assaigs, prest vàrem abatre
a tot l'encentera, si un Coro hi cantava.
Quan sigué Orfeó, record vàrem batre.

En Josep Carné —gran poeta n'era—
de Fe, Pàtria, Amor, en viu consonància,
—ben armonitzats pel Mestre Morera—
versos asorigués de gran ressonància,
per nostre aplaudit "Cant de la Senyera".

Senyera esplendent que'ns en va fer ofrena
un patrici gran de grata memòria,
En Ferrer-Vidal. Vàrem fer l'estrena
una bella nit de coral història.
Nit d'alegres cants i d'eufòria plena.

Senyera enlairant i alegres cantades,
les festes con grans en el nostre poble.
Ja eufòrics, després per les encontrades
del nostre terror, fent Art bell i noble,
donàven concerts amb plenes entrades.

Aquell Orfeó, malgrat temps molt tristos
en la meua llar, potent vaig servir-lo
fins l'any trenta-sís. Els fets imprevisos
d'aquell tràgic any, greument van damnar-lo.
Fets horripolants certament mai vistos.

Al baix Empordà vaig anar a exiliar-me.
És Palafrugell —on molt fort m'hi enyoro—
que esplai i consol va proporcionar-me,
perquè allà també vaig fundar un Coro
que molt m'ajudà per poguer salvar-me.

I allí va finir el meu sel cantaire.
El Coro i els cants tonthom aplaudia,
però guerra cruel de molt mala flaire,
tants cantaires bons sovint em prenía...
que'l Coro es desfé. No va trigar gaire.

No obstant, la llavor que allà vaig sembrar—hi
s'hi ha fet ben puixant. Ja refet, el Coro
canta "El Pescador". Cada any al tornar—hi
a Palafrugell, on ja no m'hi enyoro...
l'emoció em commou i em remou pensar—hi!

Posem colofó a n'aquelles dades.
Dels millors cantors formà's la " Capella"
per solemnitzar, en les grans diades,
festes esplendents de faisó tan bella,
que tothom té enyor al ser recordades.

Tombem ara el full cap una altre fase.
De pares humils, prest van ensenyar-me
l'anar al treball. Partint de la base
"cal saber de tot", van orientar-me
per, com deien ells, "ésser bé per casa".

Com que de casat el pare aprenia
d'escriure i llegir, que falta li feia,
al tenir sis anys a estudi m'envia.
Aplicant-me molt, el Mestre que ho veia,
amb premis majors sempre em distingia.

Quan vaig acabar primera ensenyança
a Manresa aní, on van ensenyar-me
Càlcul Mercantil, que sense recança
vaig anar ampliant per a superar-me.
Així fent-ho amb gust, s'aprèn i no cansa.

A n'els divuit anys, germana Maria
d'atac cerebral al Cel se'n anava.
Catorze només jo'n tenia,
però l'estudiar, ben prest ho deixava
i als pares, pobrets! feia companyia.

Es quan vaig llegir l'Història d'Espanya
en la que'ls autors, molt han preterida
la nostra regió. El cas no m'extranya,
però és barroer. Obra distingida
si no és ben formal, al public enganya.

Anant compartint botiga, lectura,
la vinya, i un xic a la Rectoria,
no em semblava així la vida tan dura.
M'anava fetn gran i a mi em convenia,
per a l'avenir fer-me una cultura.

Lliurat del servei —la sort va buscar-me—
i anant alternant Metges i Vicaris,
tanta educació ells varen donar-me,
que en ser a l'edat dels joves desvaris,
ja estava format i sà vaig servir-me.

Ells van afermar ma Fé ben cristiana
i amor al terror. Per tota la vida,
aquests ideals seran la façana
que faran temor, al Mal quanconvida
fugir del camí que'l bon seny demana.

El meu gust pel cant, es complementava
per tot el què's bell. També feia versos.
Ja en mi allavors, ben clar es vessluma
que'n temps veniders, afins o adeversos,
bradés el caliu que'n meu cor niava.

Quan vaig ser casat i fills tenia,
el Coro donà recels que buscaven
que'm comprometés, car jo no volia
ser de cap partit. Tant em marejaven
que per fi vaig fer "politiqueria".

Ens vam acoblar els que igual pensàvem
com bons espanyols, a la gran bandera
dels molts catalans que a Déu estimàvem.
Després de pocs anys, el nostre grup n'era
el mes fort de tot i ja governàvem.

Alcalde em van fer, no obstant ma protesta,
entre el magatzem de grans i farines,
Mestre d'Orfeo, que's feina molesta,
botiga i la llar, tot coses moines...
De tant enfeinat, ben poc feia festa.

Del nostre partit regionalista,
amb els dirigents bon precepte intimava.
En Francesc Cambó, el gran estadista,
els altres prohoms i el que al front estava,
Ventosa i Calvell l'eximí hisendista.

I com regueró, quan hom bé es comporta,
ben prest vaig tenir relacions intenses
amb molts industrials de potència forta,
i dels que tenint fortunes immenses
et reben amb gust, quan t'obren la porta.

Per tot vaig gosar de gran influència
tan dels diputats, bisbes com ministres,
i quan els rivals, contra consciència
inventaven fets amb intents sinistres,
quedaven vençuts amb negre evidència.

Tantes amistats llavors vaig guanyar-me
i amb tants bons amics feia simpaties,
que quan van venir temps d'ajudar-me,
per més que es tractés d'altres jerarquies,
ni tan sols un d'ells, va desamparar-me.

Aquesta amistat amb molts tan intensa,
que amb se els meus fills encara mantenen,
es va anar enfortint de forma tan densa,
que'ls meus descendents ja sols feina tenen,
procurar evitar cap desavinença.

Però mentrestant, hom per tot triomfava,
es varen morir el meu pare i mare.
La meva muller que molt greu estava,
també al Cel va anar. A partir des d'ara,
amb botiga i fills tot sol me abastava.

Llavors decidí tornar a casar-me
i en bé dels meus fills, posar nous negocis
privant l'avenir de preocupar-me,
però sobre tot aparta'ls dels ocis.
Sols així al ser vell, podran ajudar-me.

Fins l'any vint-i-tres, regí l'Alcaldia,
que deures contrets forçós m'hi obligaven.
Però aquells tres anys, que vidu seguia
i els negocis meus malament anaven,
em feren dir Prou, politiqueria.

Tornat a casar amb l'esposa d'ara
i haver-la entrenat de les costums nostres,
vegí l'horitzó de faisó més clara.
Es va eixamplar el cor i alegrar els rostres,
amb goig paternal, al pare i la mare.

M'hi vaig ben pensar que'ns interessava,
consultant amics. Tots feien lloances
alabant el sel que'n tot jo hi pensava.
Per fi, decidí, fer assegurances
quina professió anys ha m'agradava.

El senyor Cambó i el senyor Ventosa
em van avalar. Les grans companyies,
amb tan gros aval donaren per closa
la meva admissió. Res d'anomalies,
tot facilitats. No tinguí cap nosa.

Noms tan coneguts com "La Catalana"
"Hispania" també i el "Banc Vitalici",
totes de renom i posició sana,
varen afeblir el llògic desfici
que hom té al començar. Cosa ben humana.

Rendeixo tribut als amics dilectes
Don Paco Hurés i Don Paco Piella.
Ells van animar els meus nous projectes.
Vaig assegurar sa indústria gran, vella,
quin fet, produí positius efectes.

I vaig encertar aquell gran Calvari
tan dificultós de fer una Cartera,
que mirat d'ací sembla un ver desvari.
Però sóc constant. El meu dessig era
no plànyer esforç per poguer arribar-hi.

Amb més relacions i gran honradesa,
tenia al mercat màxim de confiança.
No perdent moment, no tenint peresa,
sempre en Déu confiant, servant l'esperança,
és com enfortí tan ímproba empresa.

Llavors retrobí la gran simpatia
dels antics amics. Tan van ajudar-me,
que gairebé tots, fins el quin tenia
un fort compromís, van recomanar-me
a ses amistats per si em convenia.

No deixant poblat barri ni masia,
per tot vaig anar, perquè jo confiava
que com més extens el radi tindria,
més bon resultat proper m'esperava...
Res aconseguí. Tothom defugia.

Car ser bon Agent és tota una ciència.
Oi més quins serveu ben fora nostre crèdit,
és precis tenir bon xic d'experiència
per poguer parlar fins del què és inèdit,
quan convé lluitar amb la competència.

Ja experimentat, vaig tornar enrera
repartint el temps per ací a la vora.
Concentrant l'acció, va ser la manera
cuidant lo de prop, i poc lo de fora,
d'èsser eficaç en forma planera.

Això em va obligar —mentre els meus fills creixen—,
Despatx a posar, que prou falta em feia.
Enc que rellegat, allà hi acudeixen
clients vells i nous, que tal com jo creia,
amb el seu reclam l'Agència enforfeixen.

Ben prompte En Jesús pogué ajudar-me.
L'Antoni aviat. Això m'esperança.
Tic facilitat per a desplaçar-me
i treballar ferm dintre Barcelona,
que's on més convé ben acreditar-me.

Ajudat dels fills, l'Agència creixia
com un carbasser. En ésser l'any trenta,
ja vaig llogar pis i un auto tenia.
En l'any trenta-dós, enfortí l'empenta
En Félix, el fill que a dalt el Cel sía.

Hi tinc tots tres fills. Encar que'm fallessin
estant sempre a punt de divertir-se,
això no vol dir que bé no cuidessin
tot lo del Despatx. Mai van avorrir-se,
entrant tants clients perquè'ls atenguessin.

Tan bell horitzó prest va ennuvolat-se.
Abans de dos anys, jo m'enmalaltia
de mal de ronyó, que triga a curar-se
ben aprop d'un any. D'enyor jo em moria.
Sort de què En Jesús no va atabalar-se.

De nou al Despatx, amb pit emberstirem
el plan ascendent de nostra Cartera.
Amb un dependent que ja hi encabírem,
l'Agència emprengué ràpida carrera
al turó més alt que allà al luny capírem.

Quan arràn del cim quasi l'abastàvem,
vingué'l trenta-sís. Amb sa mala baba,
va fer trontollar què més estimàvem,
però no extingir el tronc ni la saba
de l'arbre frondós que amb mon fills cuidàvem.

Tan va trontollar, que si no va caure
sort de l'antic Camps i la filla meva,
quin fort esperit mai no va decaure.
Vetllant constantment, sens repòs ni treva,
son comportament molt em va complaure.

L'arbre va restar, migrades les branques.
Donçs les arrels, ja totes brotaven
mentres els meus fills darrera les tanques
de Rota —el gran camp—, l'aval esperaven
per justificar ses conductes blanques.

Esperant els fills, amb calma i paciència
vaig anar refent la nostra Cartera.
Amb tot el meu sel i intel·ligència
airós en sortí. Mai vaig anar enrera,
exultant així la meva experiència.

Molts mesos enllà, els meus fills tornaven
amb un gran deler per l'assegurança.
Com lo del Despatx refet ho trobaven
i el camí fressat, amb joia i gaubança
van recomençar. Ja se'n deliraven.

Tornant a refer la tasca desfeta,
passem el disgust que l'Antoni vagi
llarg temps al servei. Desgràcia repleta,
que En Félix –mon fill– la guerra me l'hagi
enmalaltit greu de lesió completa,

que no té remei per poguer guarir-se.
L'any quaranta dos mon fill traspasava
i un gros desconsol en mi va abatir-se.
Sort que poc després, Déu ens enviava
un bell pom de flors (la Josefina) i el Cel va aclarir-se.

L'Antoni tornà. Prest per casar-se
com ans En Jesús. Amb dues brancades
que l'arbre tindrà, per afiançar-se
caldrà molt esforç. Però a grans gambades
el vam falcar fort. Ja no pot tombar-se.

L'arbre es fa molt gros. Les branques s'extenen
amb tanta ufanor que quasi s'esqueixen.
Fins una n'hi ha, tanta ufana tenen,
que al meu nou Despatx, ses anhels tan creixen,
s'hi ha trasplantat. De fet no la prenen.

Jo sóc arbre vell. Jesús la brancada
que se m'ha esqueixat. L'arbre vell trontolla...
Per tenir-me dret faig feina forçada.
Les xacres i els anys –tot junt s'emborbolla–
han vençut al vell de vida abrandada.

L'esqueix trasplantat, n'ha fet grossa ufana
rapant les arrels que l'arbre servaven.
Com no es van trencar, son éxit dimana
de la connexió. Perquè conservarem
el nexce precís que'l bon any demana.

L'Antoni amb talent i sa especial gràcia,
cuidant-la augmentà la nostra Cartera,
car jo feia poc i sense eficàcia.
La seva gestió va ser tan certera,
que'l vaig invertir de plena autocràcia.

Ara els dos germans, amb intel·ligència
i màxim esforç, les branques germanes
podran engrandir amb independència.
Seran dues fonts potentes i sanes
vinents d'una: la meva experiència.

Fent vint-i-cinc anys d'Agència fundada,
dalt a Montserrat son aniversari
vàrem cel·lebrar, amb pompa sagrada
i àpat esplendent. Jo prou vull tornar-hi,
amb els empleats, la pròxima anyada,

però molt em tem que la "Moreneta"
no la veuré més. La greu malaltia
que'm té abatut de forma completa,
l'esperança em treu. Ja sols hom confia
que al Cel la veuré, seient a la dreta.

Em dóna un gran goig i molt m'aconsola,
la ferma unió que'ls meus fills tenen.
Perquè ben units mentre'l món rodola,
dues cases grans que de mi prevenen,
dues no ho seran. Sera una sola.

Na Roser, En Magí, com també l'esposa,
estic ben confiat que seran atesos
per viure com cal, de forma honrosa.
Tan si son molts anys com si visc pocs mesos,
segur es complirà què'l pare disposa.

Si ben preparats van sempre a la una
per aconseguir el màxim que's pugui,
aprofitant temps, no perden ni engruna,
més que'l gran Casal que a tots aixeplugui,
serà viure un Cel, dessota la Lluna.

Així es l'avenir, la meva memòria
tots respectaran. Les "Assegurances
de Serra Sallent", conservant l'eufòria,
del seu fundador faran les lloances,
al honrar son nom, recordant sa història.

Sense detallar, sols a grans gambades,
la meva gestió, constant, laboriosa,
us he ben descrit amb frases rimades.
Com, físicament, la gestió ja és fosa,
no hi podré afegir cap més altres dades.

Les que ara vindran, si Déu vida em dóna,
totes serviran per fer penitència.
Pregant i resant una i altra estona,
al Cel podré anar net de consciència
i reconegut com "bona persona".

Com que crec que no cal fer cap més estrofa,
ací tancaré aquest llarg poema
tot ell engalsat a dalt la cofa.
Si algún vers troben que no té prou flema...
compadiu l'autor, però no en feu mofa.

Josep Maria Serra Sallent
1 de gener del 1950

SEIXANTA TRES ANYS

Lema: Qui dia passa, any empeny

Festa Major de Santa Magdalena!
A cal "Casets" la sala està ben plena
de gent que es mor de ganes de ballar.
El cornetí comença a ressonar
i els joves i les noies ja s'enllacen
quan "l'hereu de l'Hostal" sent que uns que passen
diuen rient al "Xic de cal Xacó":
"Saps qui ha tingut un noi? El teixidó".

D'això ja fa molts anys: seixanta tres,
pro vós n'havau viscut tres voltes més.
I si creieu que no, aneu comptant:
quinze anys de calça curta i d'estudiant.

Set anys de festejar en "serio" i en broma
fins que us vàreu casar amb la santa dona
que la vida em donà.

Trenta anys de mestre
de "coro" i d'orfeó —heu estat destre
en l'art de fer cantar el camperol
cansat de tant cavar de sol a sol—.

Trentacinc anys, de botiguer de roba
—me n'haurieu fet una com un cove
si m'haguessiu plantat de botiguer.
Pro Déu no ho va voler i va fer molt bé.

Política? Trenta anys de fer eleccions
i presidir unes quantes processons.
Sou un polític nat, nat per manar
—que quan convé també hi sap renunciar—
que no us ha plagut ser dels de darrera
ni heu volgut canviar mai de bandera.
Que us ha agradat ser lliure i mai cap jou
heu acceptat. En fi, polític sou
per vocació —no pas per cap prebenda—,
per dicuir amb Delegats d'Hisenda,
Governadors i Jutges d'Audiència.
(Per vós, quantes vegades la consicència
d'un jutge s'ha entredit! I a la millor,
per treure un enemic de la presó.)

Posem-hi vint anys més de fer "seguros"
que no és pas, com molts creuen, donar duros
a setze rals. Jo crec que aquest ofici
—labor d'apostolat i sacrifici—
us cau tan bé com un vestit a mida;
vós sabeu fer una pòlissa de vida
en menys temps del que es tarda en dir: Jesús!
I estic segur que no em creureu il·lús
si us dic que el cor em diu —i mai m'enganya—
que arribareu a ser el primer d'Espanya.

Poeta? Quants poemes heu escrit
cantant l'Eternitat i l'Infinit,
l'Amor, la Pau, La fe i l'Esperança,
la Vida, l'Amistat i ... L'Enyorança!
Si és un art aquest que no s'aprèn,
vós sou poeta, ja de naixement.

Per tant, n'hi em d'afegir seixanta tres,
i sumen, entre totes, doscents, ni un més.
(I això que no hi he volgut afegir
el temps que us heu passat tustant-me a mi.)

Ací teniu, en versos resumida
el què ha estat —més o menys— la vostra vida.
que Déu us la conservi per molts anys
—com vos dieu, "sens penes ni afanys"—,
i us doni prou salut i alegria
par anar escrivint alguna poesia
i fer un "seguret" gros de tant en tant
per dotar els nets que hi ha... i els que vindran.

Manresa, juliol 1943

PREGARIA A LA VERGE BRUNA

La roda de la Vida va girant...

La roda de la Vida va girant
per la força incessant del Temps empesa,
bruntzent a voltes, d'altres, vacil·lant;
però la roda va giravoltant
sobre la mà del Creador sospesa.

En un ahir recent, jo, encara infant,
trencava el brots de l'arbre que el meu pare,
amb seny i amor, anava cultivant.
Per què els meus ulls han restat orbs, fins ara
i no han sabut capir l'obra gegant?

Per què quant li voldria dir: "Mireu
el fruit ingent de l'arbre que heu plantat"
jau el meu pobre pare estenellat
en un llit que és, per ell, corona i creu?
La roda de la vida no ha parat.

Aquells que eren ahir, avui són cendres
i els que encara no són demà seràn.
I després del dijous vindrà el divenres...
i es marciran les flors que ara són tendres
quan les poncelles s'esbadellaran.

Per això si aquest rodar és inexorable
i els que ahir eren infants s'han de fer vells,
per què no feu, oh Verge! perdurable
el benestar que, fent el viure amable
ens fés morir cantant com els ocells?

Oh Verge! perdoneu la gosadia
de pregar-vos –potser amb certa amargor–
que'ns envieu la joia i no el dolor;
però és que el meu pare us resa cada dia
i us porta tant endintre del seu cor!

La roda de la Vida va girant,
I, per això avui, oh Moreneta pia!
us imploro salut, pau i alegria
per poder-nos postrar al vostre davant
mentre la roda va giravoltant.

Jesús Serra

23 de Juliol de 1950, diada en que el meu pare compleix setanta anys

GOIGS A LA LLAOR DEL BENAVENTURAT EMILI COLOM, DE JUNEDA⁵

Puig que sou pou de bondat
i us desviviu per tothom,
benaventurat Colom,
tingueu de nòs pietat.

Puig que sou fill de Juneda
i teniu el riure franc,
no caceu en temps de veda
i estiuejeu a Llafranc...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que sou un home osat
i amic de la extravagància
com ho prova l'haver estat
President de "La Constància"...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que sou com un infant
i tot us fa il·lusió
i encara que, pecador,
en el fons vós sòu un Sant...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que sabeu el que feu
a l'hora de comerciar
i, l'auto és per vós un Déu
i li heu fet un altar...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

5- Aquests goigs es començaren a escriure el febrer de 1974, dormiren el són dels justos durant dos anys i mig, s'acabaren el 16 d'octubre de 1976 i foren estrenats per un cor de benaventurats al Mas Colom, de Juneda, el 17 d'octubre de 1976.

Els bisbes del Palmar de Troya han concedit un "chato" de "manzanilla" d'indulgència a tots els que cantin aquests goigs, sempre que els cantin "por bulerías".

Puig que sou home de pes,
de cap clar i molta empenta
i creieu, que el que no inventa,
acaba collint papers...
Colom benaventurat,
tingueu de nós pietat.
Puig que sou bon català
i sóu amic dels amics
i els hi allargueu la mà
quan estan plens de fatics...

Colom benaventurat,
tingueu de nós pietat.

Puig que sou home de Dret
i li ensenyeu la lliçó
a tot un Registrador
com el Viola Sauret...

Colom benaventurat,
tingueu de nós pietat.

Puig que sou amic fidel
—sense esperar cap prebenda—
del Rodriguez de Miguel,
que és el rei de la "vivienda"...

Colom benaventurat,
tingueu de nós pietat.

Puig que sou home enginyós
que totes se les barrina
i, per xò, a la piscina
hi heu posat tants surtidors...

Colom benaventurat,
tingueu de nós pietat.

Puig que sou decorador
d'estil tan original
que, fins i tot, l'orinal
teniu de ciència ficció...

Colom benaventurat,
tingueu de nós pietat.

Puig que esteu sempre de broma
donçs, odieu els ganduls,
però feu coixins de goma
per que hi posin els seus culs...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.
Puig que no aneu per les branques
quan ens voleu obsequiar
i sempre teniu a mà
la banda de Borges Blanques...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que heu hagut de sofrir
—en matèria de faldilles—
l'haver de donar les filles
al Marsal i al Sanllehi...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puigs que sou cavaller
hi heu mantingut la paraula
de sentar-nos a la taula
i heu quedat d'allò més bé...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que els ventres agraiïts
solen donar molta coba
i no en donem, i això prova
que no som uns mal parits...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que el Poble ha valorat
tan excelses condicions
i amb raó us ha proclamat
el més gran dels amfitrions...

Colom benaventurat,
tingueu de nòs pietat.

Puig que sou pou de bondat
i us desviviü per tothom,
Benaventurat Colom,
tingueu de nós pietat.

Este libro se editó
con motivo del centenario del nacimiento
de Jesús Serra Santamans,
y se terminó de imprimir
el 22 de agosto de 2011

